LOS SUFRIMIENTOS DE CRISTO



MARANATHA MEDIA

Ellen White

Los Sufrimientos de Cristo

Ellen G. White

MARANATHA
MEDIA

maranathamedia.net
Maranatamedianet@gmail.com

Impreso en Argentina
Por **NARDO PURO**
denardopuro@gmail.com

Foto de Tapa: Getsemaní, Jerusalén.

Traducción: Rene Bernhardt

La versión de la Biblia utilizada es la Reina Valera 1960, salvo quizá en las citas de los libros *El Deseado de Todas las Gentes* y *El Conflicto de los Siglos* en los que se mantiene la versión utilizada en dichos libros.

Los Sufrimientos de Cristo

Ellen G. White

Este folleto es una compilación de cuatro artículos de *Signs of the Times* de 1879[1], además del capítulo "Consumado es" de *El Deseado de Todas las Gentes* y el capítulo final del *Conflicto de los Siglos*. Al estudiar estas páginas, Cristo será presentado ante ti en una luz mucho más brillante que acercará íntimamente los sufrimientos de nuestro Salvador y de su Padre con el propósito de profundizar nuestra comprensión de la pecaminosidad del pecado para que podamos recibir el espíritu de arrepentimiento de Cristo, quien sólo conoce a ese Padre como el Padre lo conoce a Él y, por lo tanto, es el único mediador calificado para impartirnos una verdadera comprensión de los sufrimientos del Padre. Que estas páginas puedan ser de alimento a tu alma.

[1] Nota del Traductor: los artículos son los siguientes: Dios es amor: ST August 7, 1879; En el Desierto: ST August 7, 1879; En el Getsemaní: ST August 14, 1879; El Arresto: ST August 21, 1879; En la Cruz: ST August 21, 1879; Todo por Nosotros: ST August 28, 1879; Consumado Es: DTG, cap. 79; El Fin del Conflicto: CS cap. 42.

Índice

Los Sufrimientos de Cristo ***4***

Prólogo ***6***

Dios es amor ***8***

En el Desierto ***11***

En el Getsemaní ***14***

El Arresto ***20***

En la Cruz ***23***

Todo por Nosotros ***26***

Consumado Es ***30***

El Fin del Conflicto ***37***

Apéndice: Nota del Traductor ***48***

Prólogo

Las salas de cine se llenaron cuando las pantallas de Hollywood retrataron al hombre, Jesús de Nazaret, acusado injustamente, condenado a muerte y brutalmente asesinado en la cruz. Millones de personas derramaron lágrimas ante las innumerables y horripilantes escenas que mostraban la angustia corporal del Hijo de Dios durante 24 horas. Los caracteres comienzan a aparecer y, así como las multitudes abandonan la sala de cine, las horribles escenas quedan archivadas junto a otras innumerables escenas emotivas ofrecidas por la seductora sofistería de Hollywood, acunando a la humanidad nuevamente en un ignorante sopor.

¿Qué ganaré contemplando la cruz? Cristo mismo dijo "Y yo, si fuere levantado de la tierra, a todos atraeré a mí mismo" (Juan 12:32). La cruz operando en un patrón divino, a través de las escenas visibles del sufrimiento de Cristo, me ha atraído a contemplar el sufrimiento que en realidad mató al Hijo de Dios, porque Él no murió de las heridas corporales sufridas, sino que la culpa de mis pecados y de los tuyos, la angustia de sentirse separado de Su Padre a causa de los pecados que estaba llevando, creer que esta separación era irreconciliable, rompió el corazón del Hijo de Dios. Pero espera, hay más. Apocalipsis 13:8 nos dice que Él es el cordero sacrificado desde la fundación del mundo. Al consumir las palabras en las páginas que siguen, he sido invitado a una experiencia muy íntima en los sufrimientos no sólo de Cristo, sino también del Padre. Creo que sólo podemos experimentar el verdadero arrepentimiento por el pecado, que sólo podemos recibir a través de Cristo (Hechos 5:31; Romanos 2:4; 2Corintios 7:10; 2Pedro 3:9), cuando tenemos una comprensión mucho más profunda del sufrimiento que hemos causado, y que estamos causando a quien hemos perjudicado. Dado que Cristo es la plena revelación del Padre, es a través de la contemplación de sus sufrimientos desde la fundación del mundo que he obtenido una visión más profunda de los sufrimientos de nuestro Padre Celestial. El fruto que esto ha producido en mi experiencia es un arrepentimiento por mis pecados hasta ahora desconocidos para mí y una gratitud hacia la misericordia, la longanimidad y la justicia de

Dios de una magnitud inexpresable. Ha encendido un fuego en lo más profundo de mi ser, un anhelo de que otros compartan una experiencia que no se basa en el seguimiento de la mera forma, sino que está impulsada por un sentimiento de gratitud por la gracia que se ha impartido a un pecador como yo. Te invito a adentrarte en estas páginas, a consumir y contemplar los "Sufrimientos de Cristo".

Ruben Olschewsky

Octubre de 2017

Dios es amor

"Dios es amor". Y su incomparable amor manifestado hacia el hombre caído, en el don de su amado Hijo, asombró a los santos ángeles. "Porque de tal manera amó Dios al mundo que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él crea no se pierda, mas tenga vida eterna". Él era a "a quien constituyó heredero de todo, y por quien asimismo hizo el universo". Él era el "resplandor de su gloria, y la imagen misma de su sustancia". Y quien sustenta "todas las cosas con la palabra de su poder". Poseía la excelencia y la grandeza divinas. Agradó al Padre que en él habitara toda plenitud. Y Cristo "no tuvo por usurpación ser igual a Dios"[2]. Sin embargo, "se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres; y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz."

El Hijo de Dios consintió en morir en lugar del pecador, para que el hombre pudiera, mediante una vida de obediencia, escapar la penalidad de la ley de Dios. Su muerte no eliminó la ley, ni disminuyó sus santas exigencias, ni restó su sagrada dignidad. La muerte de Cristo proclamó la justicia de la ley de su Padre al castigar al transgresor, en que consintió en sufrir la penalidad para salvar al hombre caído de su maldición. La muerte del amado Hijo de Dios en la cruz muestra la inmutabilidad de la ley de Dios. Su muerte magnifica la ley y la hace honorable, y da evidencia de su carácter inmutable. De sus propios labios se oye: "No penséis que he venido a abrogar la ley o los profetas. No he venido a abrogar, sino a cumplir". La muerte del Hijo divino justificó las exigencias de la ley divina. Para comprender más plenamente el valor de la redención, es necesario entender lo que costó. Como consecuencia de una visión limitada de los sufrimientos del divino Hijo de Dios, muchos estiman en poco la gran obra de la expiación.

El plan de redención, aferrando las buenas noticias de la salvación por medio de Jesucristo, fue predicado por primera vez a Adán. Fue para él la estrella de esperanza, que iluminaba el oscuro y temido futuro. Adán vio que Cristo era la

[2] Versión empleada: RVA o JBS.

única puerta de esperanza por la que podía entrar y tener vida. El plan de salvar a los pecadores sólo por medio de Cristo fue el mismo en los días de Adán, Noé, Abraham y cada generación sucesiva de los que vivieron antes del advenimiento de Cristo, como lo es en nuestros días. Los patriarcas, los profetas y todos los santos mártires desde el justo Abel, esperaban la llegada de un Salvador, en quien mostraron su fe mediante ofrendas sacrificiales. En la crucifixión, el sistema típico de sacrificios fue terminado por la gran ofrenda antitípica. El sacrificio de bestias proyectaba la sombra de la ofrenda sin pecado del querido Hijo de Dios, y señalaba su muerte en la cruz. Pero en la crucifixión el tipo se encontró con el antitipo, y allí el sistema típico cesó; pero ni una jota ni una tilde del código moral fue abrogado en la muerte de Cristo.

El Hijo de Dios es el centro del gran plan de redención, cuyo plan conjunto abarca todas las dispensaciones. Él es "el Cordero inmolado desde la fundación del mundo". Él es el Redentor de los caídos hijos e hijas de Adán en todas las edades de la prueba humana. "Y en ningún otro hay salvación; porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en quién podamos ser salvos." Cristo es la sustancia o cuerpo que proyectó su sombra en las dispensaciones anteriores. Y cuando Cristo murió la sombra cesó. La transgresión del código moral hizo necesario el sistema de sombras. Y con la muerte de Cristo, cuyo acontecimiento había sido, en sombra, proyectado por la sangre de los animales desde el tiempo de Adán, estas ofrendas, y no la ley de Dios, cuya violación las había hecho necesarias, fueron abolidas.

El evangelio predicado a Adán, Noé, Abraham y Moisés fue para ellos buena noticia, por su fe abrazaron a un Salvador venidero. Una luz más clara y gloriosa brilla ahora sobre el mundo cristiano; pues en la época judía la cruz proyectaba su sombra hasta el momento en que Adán abandonó su hogar en el Edén. Lo que era fe para los antiguos, que vivieron antes de Cristo, es seguridad para nosotros, al ver que Cristo ha venido, como lo predijeron los profetas. Es tan esencial, ni más ni menos, que tengamos fe en un Redentor que ha venido y ha muerto nuestro sacrificio, como lo era para los antiguos creer en un Redentor por venir, al que representaban por sus sacrificios típicos.

El Hijo de Dios, al convertirse en sustituto del hombre y cargar la maldición que debía caer sobre el hombre, se comprometió en nombre de la raza a mantener las sagradas demandas y el exaltado honor de la ley de su Padre. Su obra y

misión fue convencer a los hombres del pecado, que es la transgresión de esa ley, y por la mediación divina, devolverlos a la obediencia de su perfecta ley. El Padre ha entregado el mundo en manos de Cristo, para que a través de su obra mediadora reivindique completamente las vinculantes demandas y la santidad de cada principio de su ley.

Después de ser bautizado de Juan en el Jordán, Cristo ascendió del agua y, postrándose en las orillas del río, oró con fervor a su Padre Celestial pidiéndole fuerza para soportar el conflicto en el que estaba por empeñarse con el príncipe de las tinieblas. Los cielos se abrieron a su oración y la luz de la gloria de Dios, más brillante que el sol al mediodía, vino del trono del Eterno y, asumiendo la forma de una paloma con apariencia de oro bruñido, rodeó al Hijo de Dios, mientras la clara voz de la excelente gloria fue escuchada en terrible majestad, diciendo: "Este es mi Hijo amado en quien tengo complacencia."

Aquí estaba la seguridad para el Hijo de Dios de que su Padre aceptaba a la raza caída a través de su representante, y que les había concedido una segunda prueba. La comunicación entre el Cielo y la tierra, entre Dios y el hombre, que había sido rota por la caída de Adán, se reanudó. El que no conoció pecado, se hizo pecado por la raza, para que su justicia pueda ser imputada al hombre. A través de la perfección del carácter de Cristo, el hombre fue elevado en la escala de valor moral con Dios; y a través de los méritos de Cristo, el hombre finito fue vinculado al Infinito. De este modo, el abismo que había abierto el pecado fue salvado por el Redentor del mundo.

Pero pocos tienen un verdadero sentido de los grandes privilegios que Cristo ganó para el hombre abriendo de esta manera el Cielo ante él. El Hijo de Dios era entonces el representante de nuestra raza; y el poder y la gloria especiales que la Majestad del Cielo le confirió, y sus palabras de aprobación, son la prenda más segura de su amor y buena voluntad hacia el hombre. Al ser escuchadas las intercesiones de Cristo en nuestro favor, se le dio al hombre la evidencia de que Dios aceptará nuestras oraciones en nuestro propio favor a través del nombre de Jesús. La oración de fe continua y ferviente nos traerá luz y fuerza para resistir los más fieros asaltos de Satanás.

La luz y la fortaleza de un día, para el cristiano, no serán suficientes para las pruebas y conflictos del siguiente. Satanás está ahora cambiando constantemente sus tentaciones, como lo hizo con Cristo. Cada día podemos ser colocados en nuevas posiciones, y podemos tener tentaciones nuevas e inesperadas. Podemos esperar tan razonablemente ser sostenidos el próximo día por los alimentos que comamos hoy, como depender de la luz presente y de las bendiciones presentes para la fuerza futura. El hombre débil y pecador no puede estar seguro a menos que Dios manifieste diariamente su luz y le imparta su fuerza.

Es de suma importancia que Dios nos manifieste su voluntad en los asuntos cotidianos de la vida, pues los resultados más importantes dependen frecuentemente de pequeños acontecimientos. Cuanto más conozcamos a Dios a través de su luz divina, más conscientes seremos de nuestras debilidades y de que no podemos vivir sin él. Debemos sentir siempre que necesitamos una guía segura para dirigir nuestros vacilantes pasos.

En el Desierto

La vida de un cristiano vivo es una vida de oración viva. El camino del justo brilla más y más hasta el día perfecto. La vida del cristiano es una vida de progresión. Avanza de fortaleza en fortaleza, de gracia en gracia y de gloria en gloria, recibiendo del Cielo la luz que Cristo, a un costo infinito para sí mismo, hizo posible que el hombre obtuviera. El cristiano no puede dejar que su luz brille adecuadamente a menos que reciba un acrecentamiento de la iluminación divina, correspondiente a su crecimiento en el conocimiento de las verdades de la Biblia. La fuerza y la gloria de los Cielos accesibles lo capacitarán para enfrentar las nuevas tentaciones y soportar responsabilidades más pesadas que están siempre ante él. Escenarios desconocidos esperan al cristiano. Lo rodean nuevos peligros. Y tentaciones inesperadas lo asaltan constantemente. Nuestro gran Líder nos señala los Cielos abiertos como la única fuente de luz y fortaleza.

Después de su bautismo, el Hijo de Dios entró en el lúgubre desierto, para ser tentado allí por el diablo. Durante casi seis semanas soportó las agonías del hambre. Por cuarenta días no comió ni bebió nada. Esto hizo su sufrimiento mayor que cualquier cosa que el hombre sea alguna vez llamado a soportar. Cristo estaba cargando con la culpa del transgresor. Se dio cuenta del poder del apetito sobre el hombre; y en representación del hombre pecador, soportó la prueba más estrecha posible sobre ese punto. Aquí se obtuvo una victoria que pocos pueden apreciar. El poder controlador del apetito depravado, y el grave pecado de complacerlo, sólo pueden entenderse por la extensión del ayuno que nuestro Salvador soportó para poder romper su poder.

Satanás había obtenido la victoria sobre el hombre en casi todas las tentaciones relativas al apetito. El Hijo de Dios vio que el hombre no podía por sí mismo vencer esta poderosa tentación y tuvo tal amor infinito por la raza, que dejó las cortes reales del Cielo, y revistió su divinidad con humanidad, para que con su largo brazo humano pudiera alcanzar hasta lo más profundo de la aflicción humana, mientras que con su brazo divino agarra al Infinito. Vino a la tierra para unir su poder divino con nuestros esfuerzos humanos, para que a través de la fuerza y el poder moral que él imparte, podamos vencer en nuestro propio beneficio. ¡Oh! Qué inigualable condescendencia la del Rey de la gloria, que bajó a este mundo para soportar los dolores del hambre y las feroces tentaciones de un astuto enemigo, a fin de obtener una victoria infinita para el hombre. Aquí hay amor incomparable. Y, sin embargo, esta gran condescendencia es débilmente comprendida por aquellos para quienes fue hecha.

No fueron sólo las punzadas de dolor del hambre las que hicieron que los sufrimientos de nuestro Redentor fueran tan inexpresablemente severos. Fue el sentido de culpa que había resultado de la indulgencia del apetito que había traído tan terrible aflicción al mundo, lo que oprimió tan intensamente su alma divina. Porque “al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él”.

Con la naturaleza del hombre y el terrible peso de sus pecados oprimiendo sobre él, nuestro Redentor resistió el poder de Satanás en esta gran tentación fundamental, que pone en peligro las almas de los hombres. Si el hombre venciera esta tentación, podría vencer en todos los demás puntos.

La intemperancia está a la base de todos los males morales conocidos por el hombre. Cristo comenzó la obra de redención justo donde comenzó la ruina. La caída de nuestros primeros padres fue causada por la indulgencia del apetito. En la redención, la negación del apetito es la primera obra de Cristo. Qué amor tan asombroso ha manifestado Cristo al venir al mundo a cargar nuestros pecados y enfermedades, y a recorrer el camino del sufrimiento, para mostrarnos con su vida de mérito inmaculado cómo debemos caminar, y vencer como él ha vencido, y que podamos llegar a ser reconciliados con Dios.

Al estar la humanidad sobre Cristo, él sintió su necesidad de fuerza de su Padre. Tenía lugares selectos de oración. Amaba la soledad de la montaña en la cual mantener la comunión con su Padre en los Cielos. En este ejercicio fue fortalecido para los deberes y las pruebas del día. Nuestro Salvador se identifica a sí mismo con nuestras necesidades y debilidades, en que él se vuelve un suplicante, un peticionante nocturno, buscando de su Padre nuevas provisiones de fuerza, para salir vigorizado y refrescado, preparado para el deber y la prueba. Él es nuestro ejemplo en todas las cosas. Es un hermano en nuestras debilidades, pero no poseyendo similares pasiones. Como Uno sin pecado, su naturaleza rehuyó el mal. Soportó luchas y torturas del alma, en un mundo de pecado. Su humanidad hizo de la oración una necesidad y un privilegio. Necesitaba todo el apoyo y el consuelo divinos que su Padre estaba dispuesto a dar a su Hijo, que había dejado los goces del Cielo y había elegido su hogar, en beneficio del hombre, en un mundo frío e ingrato. Cristo encontró gozo y consuelo en la comunión con su Padre. Aquí podía desahogar las penas que le aplastaban. Era un varón de dolores, experimentado en quebrantos.

A lo largo del día se esforzaba por salvar a los hombres de la destrucción. Curaba a los enfermos, consolaba a los que estaban de luto y traía alegría y esperanza a los desesperados. Trajo los muertos a la vida. Cuando terminaba su trabajo del día, salía, tarde tras tarde, lejos de la confusión de la ciudad, y su figura se inclinaba en algún lugar retirado, en súplica a su Padre. A veces los brillantes rayos de la luna resplandecían sobre su forma inclinada. Y luego, nuevamente las nubes y las tinieblas cerraban el paso a toda luz. El rocío y la escarcha de la noche se posaban sobre su cabeza y su barba mientras estaba en actitud suplicante. A menudo continuaba sus peticiones durante la noche entera. Si el Salvador de los hombres, con su fuerza divina, sintió la necesidad de orar en nuestro favor, ¡cuánto más los débiles y mortales pecadores

deberían sentir la necesidad de la oración –constante y ferviente oración por ellos mismos! Cuando Cristo estaba más fieramente acosado por la tentación, no comía nada. Se encomendaba a Dios y, mediante la oración ferviente y la perfecta sumisión a la voluntad de su Padre, salió vencedor.

“Bástale al discípulo ser como su maestro, y al siervo como su señor.” "Al discípulo le basta con ser como su Maestro, y al siervo como su Señor". Nuestras mesas están frecuentemente provistas de lujos ni saludables ni necesarios, porque amamos estas cosas más de lo que amamos la libertad de la enfermedad y una mente sana. Jesús buscó fervientemente fortaleza de su Padre. Esto el divino Hijo de Dios consideró más valioso incluso para sí mismo, que sentarse a la mesa más opulenta. Él nos ha dado evidencia de que la oración es esencial para nosotros a fin de recibir fuerza para contender con los poderes de las tinieblas, y para hacer el trabajo que se nos ha asignado. Nuestra propia fuerza es debilidad, pero la que Dios da hará que todo aquel que la obtenga sea más que vencedor.

En el Getsemaní

Jesús había acudido a menudo a Getsemaní con sus discípulos para meditar y orar. Ellos conocían bien este retiro sagrado. Aun Judas sabía dónde conducir a la turba homicida a fin de entregar a Jesús en sus manos. Nunca antes había visitado este lugar el Salvador con un corazón tan apesadumbrado. Lo que rehuía el Hijo de Dios no era el sufrimiento corporal, ni fue esto lo que arrancó de sus labios, en presencia de sus discípulos, estas amargas palabras: “Mi alma está muy triste hasta la muerte; quedaos aquí -dijo él-, y velad conmigo”. Fue postrado a tierra con angustia mental, y en agonía oró a su Padre Celestial. Sintió la iniquidad del pecado y la ira de Dios contra los violadores de su santa ley.

Cristo se asombró con el horror de las tinieblas que lo encerraron. Las tentaciones de Satanás eran casi abrumadoras. Estas palabras: "Padre mío, si es posible, pasa de mí esta copa", fueron cargadas sobre el compadeciente aire hasta sus discípulos, en tonos de sorprendente agonía. Los pecados de un

mundo perdido estaban sobre él, y una sensación de la ira de su Padre a consecuencia del pecado le estaba aplastando. Se levantó de su posición postrada y, anhelando la simpatía de sus discípulos, se acercó a ellos y los encontró durmiendo. Despertó a Pedro y le dijo: "Simón, ¿duermes?". ¿Qué, no podrías tú, que hace poco estabas dispuesto a ir conmigo a la cárcel y a la muerte, velar una hora con tu sufriente Maestro? "Velad y orad para que no entréis en tentación. El espíritu está dispuesto, más la carne es débil". En el momento más importante, los discípulos fueron encontrados durmiendo. Era el mismo momento en que Jesús les había pedido especialmente que velaran con él. Sabía que a sus discípulos les esperaban terribles tentaciones. Los llevó con él para que le sirvieran de fortaleza y para que los acontecimientos que presenciaran esa noche y las lecciones de instrucción que recibieran quedaran impresas de manera indeleble en su memoria. Esto era necesario para que puedan ser fortalecidos para la prueba justo por delante.

Pero en lugar de velar con Cristo, ellos estaban apesadumbrados por la pena, y se durmieron. Incluso el ardiente Pedro estaba dormido, quien, sólo unas horas antes, había declarado que sufriría y, si era necesario, moriría por su Señor. En el momento más crítico, cuando el Hijo de Dios necesitaba de su simpatía y sus sentidas oraciones, ellos fueron encontrados dormidos. Perdieron mucho al dormir así. Nuestro Salvador quiso fortificarlos para la severa prueba de su fe a la que pronto serían sometidos. Si hubiesen pasado ese triste período velando con el querido Salvador y orando a Dios, Pedro no habría sido dejado a sus débiles fuerzas, para negar a su Señor. El Padre envió un ángel de su presencia para fortalecer al divino sufriente. Si los mortales pudieran ver el asombro y la tristeza de los ángeles al contemplar en silencioso dolor al Padre separando sus rayos de luz, amor y gloria de su Hijo, comprenderían mejor cuán ofensivo es el pecado a sus ojos. Mientras el Hijo de Dios, en el huerto de Getsemaní, se inclinaba en actitud de oración, la agonía de su espíritu hizo brotar de sus poros sudor como grandes gotas de sangre. Fue aquí que le rodeó el horror de una grande oscuridad. Los pecados del mundo estaban sobre él. Sufría en lugar del hombre, como transgresor de la ley de su Padre. Aquí fue el escenario de la tentación. La divina luz de Dios se retiraba de su visión y él pasaba a manos de los poderes de las tinieblas. En la agonía de su alma yacía postrado sobre la fría tierra. Se daba cuenta del ceño fruncido de su Padre. La copa del sufrimiento Cristo había tomado de los labios

del hombre culpable, y se proponía beberla él mismo, y, en su lugar, dar al hombre la copa de bendición. La ira que habría caído sobre el hombre, caía ahora sobre Cristo.

Los discípulos despertaron de su sueño para encontrar a su Maestro de pie por encima de ellos en un estado de angustia mental y corporal como nunca antes habían presenciado. Vieron el dolor y la agonía de su rostro pálido, y el sudor sangriento sobre su frente, pues “de tal manera fue desfigurado de los hombres su parecer, y su hermosura más que la de los hijos de los hombres". Los discípulos se apenaron porque se habían quedado dormidos, de modo que no pudieron orar y compadecerse de su Señor sufriente. Se quedaron sin palabras, con pena y sorpresa.

El sufriente Hijo de Dios deja a sus discípulos, pues el poder de las tinieblas se abalanza sobre él con una fuerza irresistible que lo doblega a tierra. Él ora como antes, y derrama la carga de su alma con clamor y lágrimas más fuertes. Su alma fue oprimida con una agonía tal que ningún ser humano podría soportar y vivir. Los pecados del mundo estaban sobre él. Sintió que estaba separado del amor de su Padre, pues sobre él descansaba la maldición a causa del pecado. Cristo sabía que sería difícil para el hombre sentir la gravedad del pecado, y que el contacto estrecho y la familiaridad con el pecado embotarían de tal manera su sensibilidad moral, que el pecado no le parecería tan peligroso, y tan sumamente ofensivo a los ojos de Dios. Sabía que sólo unos pocos se complacerían en la justicia y aceptarían la salvación que, a un costo infinito, él hizo posible que obtuvieran. Mientras esta carga de pecado estaba sobre Cristo, no percibida y no arrepentida por parte del hombre, las dudas desgarraban su alma con respecto a su unidad con su Padre.

En esta temible hora de prueba, la naturaleza humana de Cristo anhelaba incluso la simpatía de sus discípulos. Por segunda vez se levantó de la tierra, fue hacia ellos y los encontró durmiendo. No era un sueño profundo. Estaban adormecidos. Tenían un sentido limitado del sufrimiento y la angustia de su Señor. Con ternura, Jesús se quedó un momento inclinado sobre ellos, y los miró con sentimientos mezclados de amor y piedad. En estos dormidos discípulos él ve una representación de una iglesia dormida. Cuando deberían estar velando, están dormidos.

"Velad, pues, porque no sabéis cuándo vendrá el señor de la casa; si al anochecer, o a la medianoche, o al canto del gallo, o a la mañana; para que cuando venga de repente, no os halle durmiendo". Se requiere que la iglesia de Dios cumpla su guardia nocturna, por peligrosa que sea, y sea larga o corta. El pesar no es excusa para que ella sea menos vigilante. La tribulación no debe conducir al descuido, sino a doblar la vigilancia. Cristo ha dirigido a la iglesia con su propio ejemplo, a la fuente de su fortaleza en tiempos de necesidad, angustia y peligro. La actitud de vigilia designa a la iglesia como pueblo de Dios en verdad. Por esta señal los que esperan se distinguen del mundo, y muestran que son peregrinos y extranjeros sobre la tierra.

Qué cruel fue para los discípulos permitir que el sueño cerrara sus ojos, y que el sueño encadenara sus sentidos, mientras su divino Señor soportaba tan inexpresable angustia mental. Si hubieran permanecido velando, no habrían perdido su fe al contemplar al Hijo de Dios muriendo en la cruz. Esta importante vigilia nocturna debería haber sido señalada por nobles luchas mentales y plegarias que les habrían traído fortaleza para presenciar la terrible agonía del Hijo de Dios. Los habría preparado, al tener que contemplar sus sufrimientos en la cruz, para comprender algo de la naturaleza de la abrumadora angustia que soportó en el huerto de Getsemaní. Y habrían sido más capaces de recordar las palabras que les había dicho en referencia a sus sufrimientos, muerte y resurrección; y en medio de la penumbra de aquella hora de prueba, algunos rayos de esperanza habrían iluminado la oscuridad y sostenido su fe.

Cristo les había dicho antes que estas cosas iban a suceder; pero ellos no le entendieron. El escenario de sus sufrimientos iba a ser una prueba de fuego para sus discípulos, de ahí la necesidad de vigilia y oración. Su fe necesitaba ser sostenida por una fuerza invisible, al tener que experimentar el triunfo de los poderes de las tinieblas. Él conocía el poder que el príncipe de las tinieblas utilizaba para paralizar los sentidos de sus discípulos en este momento en que debían velar. En esta crisis, cuando afrontarían una gran pérdida, son encontrados dormidos. De nuevo los poderes de las tinieblas presionan sobre él con renovada fuerza, postrándolo en tierra. Deja a sus discípulos con la determinación de conquistar al príncipe de las tinieblas, para que el hombre no quede sujeto en cadenas de desesperación. Dirigiendo a sus discípulos una mirada de la más tierna compasión, los dejó y se inclinó por tercera vez en

oración, usando las mismas palabras que antes. El divino sufriente se estremeció de asombro ante este misterioso y terrible conflicto.

Las mentes humanas no pueden concebir la insoportable angustia que torturó el alma de nuestro Redentor. El santo Hijo de Dios no tenía pecados ni penas propias que soportar. Llevaba las penas de los demás, pues sobre él recaían las iniquidades de todos nosotros. Mediante la simpatía divina él mismo se une al hombre y se somete, como representante de la raza, a ser tratado como un transgresor. Se asoma al abismo de aflicción abierto por nosotros a través de nuestros pecados, y se propone salvar el abismo con su propia persona. Aquellos que no pueden ver la fuerza de las sagradas demandas de la ley de Dios no pueden tener una comprensión clara y definida de la expiación.

Fue la angustia del alma la que arrancó de los labios del amado Hijo de Dios estas lúgubres palabras: "Ahora está turbada mi alma, mi alma está muy triste hasta la muerte". El alma de Cristo soportaba un peso de angustia por la transgresión de la ley de Dios. Estaba abrumado por el horror y la consternación ante la temible obra que el pecado había realizado. Su carga de culpa era tan grande a causa de la transgresión del hombre a la ley de su Padre, que la naturaleza humana era inadecuada para soportarla. Su inexpresable angustia hizo brotar de sus poros grandes gotas de sangre, que cayeron al suelo y humedecieron los terrones del Getsemaní.

Los sufrimientos de los mártires no pueden compararse con los de Cristo. La presencia divina estaba con ellos, en sus sufrimientos físicos. Hubo ocultamiento del rostro del Padre de su querido Hijo. La humanidad se tambaleó y tembló en esa hora de prueba. Fue una angustia del alma por encima de la que puede soportar la naturaleza finita. Fue la aflicción condensada la que sacó de los labios temblorosos del noble sufriente estas palabras: "Ahora mi alma está turbada". “Padre mío, si es posible, pase de mí esta copa; pero no sea como yo quiero, sino como tú". De nuevo se escuchan de sus pálidos labios estas palabras: "Padre mío, si no puede pasar de mí esta copa sin que yo la beba, hágase tu voluntad." Había llegado el terrible momento que iba a decidir el destino del mundo. Los ángeles esperan y observan con intenso interés.

El destino del mundo tiembla en la balanza. El Hijo de Dios puede incluso ahora negarse a beber la copa señalada al hombre culpable. Puede enjugar el sangriento sudor de su frente y dejar al mundo perecer en su iniquidad. ¿Beberá el Hijo del Dios infinito el cáliz de humillación y agonía? ¿Sufrirá el inocente la maldición de Dios para salvar al culpable? Fue aquí donde la misteriosa copa tembló en su mano, y el destino de un mundo perdido fue sopesado. El Redentor del mundo ve que los transgresores de la ley de su Padre deben perecer bajo su desagrado. Ve el poder del pecado y la absoluta impotencia del hombre para salvarse.

Los ayes y los lamentos de un mundo condenado se presentan ante él, y su decisión es hecha. Salvará al hombre a cualquier costo para Sí mismo. Ha aceptado su bautismo de sangre, para que millones que perecen puedan obtener a través de él la vida eterna. Dejó los atrios celestiales donde todo era pureza, felicidad y gloria, para salvar a la única oveja perdida, al único mundo que había caído por transgresión. No dejará al hombre en sus pecados. Llegará hasta las mismísimas profundidades de la miseria para rescatarlo. Los dormidos discípulos no ven que su amado Maestro se desmaya. Cae a tierra y agoniza. ¿Dónde están sus discípulos para colocar tiernamente sus manos bajo la cabeza de su sufriente Maestro, y acariciar esa frente, más desfigurada que la de los hijos de los hombres? Nuestro Salvador pisó solo el lagar, y de todo el pueblo no hubo ninguno con él.

Cristo no sufrió solo. Él dijo: "Yo y mi Padre somos uno". Dios sufrió con su Hijo. El sacrificio que un Dios infinito ha hecho al entregar a su Hijo al reproche y a la agonía, no puede ser comprendido por el hombre. Al dar a su Hijo por los pecados del mundo, Dios ha puesto de manifiesto su ilimitado amor al hombre. Los ángeles que habían aprendido a hacer la voluntad de Cristo en el Cielo, estaban ansiosos por consolarlo. Pero, ¿qué pueden hacer? Tal dolor, tal agonía, está más allá de su poder de aliviar. Nunca han sentido los pecados de un mundo arruinado, y con asombro contemplan al objeto de su adoración sometido al dolor. Aunque el Padre no retira el cáliz de la mano temblorosa y los pálidos labios de su Hijo, envía a un ángel para darle fortaleza para beberlo. El ángel levanta al Hijo de Dios del frío suelo, y le trae mensajes de amor de su Padre. Es fortalecido y fortificado. Tiene el aseguramiento de que está ganando eterno gozo para todos los que acepten la redención.

El Arresto

La terrorífica hora en Getsemaní es pasada. Nuestro divino Salvador ha aceptado la copa para apurarla hasta las heces. En representación del hombre ha vencido en la hora de la tentación. Serenidad y calma son vistas ahora en el pálido y sangriento rostro. Y la tercera vez viene a sus discípulos y los encuentra vencidos por el sueño. Con pena y compasión los miró y les dijo: "Dormid ya, y descansad. He aquí ha llegado la hora, y el Hijo del Hombre es entregado en manos de pecadores". Mientras aún estaban estas palabras en sus labios, oyó los pasos de la turba que estaba en búsqueda de él. Judas tomó la delantera, y fue seguido de cerca por el sumo sacerdote. Jesús despertó a sus discípulos con estas palabras. "Levantaos, vamos; he aquí, se acerca el que me entrega". El rostro de Cristo presentaba una expresión de tranquila dignidad. Las huellas de su reciente agonía no eran visibles mientras salía al encuentro de su traidor.

Jesús se adelanta a sus discípulos y pregunta: "¿A quién buscáis?". Ellos responden: "A Jesús nazareno". Jesús responde: "Yo soy". Al oír estas palabras, la turba se tambalea hacia atrás; y el sacerdote, los ancianos, los soldados endurecidos y aún Judas, caen impotentes al suelo, dando amplia oportunidad a Cristo de liberarse si quisiera. Pero permanece como uno glorificado en medio de esa banda tosca y endurecida. Al decir Jesús: "Yo soy", el ángel que le había ministrado en su angustia, se interpuso entre él y la turba asesina. Vieron una luz divina glorificando el rostro del Salvador, y una forma de paloma que lo eclipsaba. Sus pecaminosos corazones se llenan de terror. No pueden permanecer ni por un momento en presencia de la gloria divina, sino que caen como muertos al suelo.

El ángel se retiró y dejó a Jesús de pie, tranquilo y dueño de sí mismo, con los brillantes rayos de la luna sobre su pálido rostro, y todavía rodeado de hombres postrados e indefensos, mientras los discípulos estaban demasiado asombrados para pronunciar una palabra. Cuando el ángel se retira, los endurecidos soldados romanos se ponen en pie y, junto con los sacerdotes y Judas, se reúnen en torno a Cristo como si se avergonzaran de su debilidad y

temieran que todavía se escapara de sus manos. De nuevo la pregunta es formulada por el Redentor del mundo. "¿A quién buscáis?" De nuevo responden: "A Jesús nazareno". Jesús respondió: "Os he dicho que yo soy. Pues si me buscáis a mí, dejad ir a estos". En esta hora de humillación los pensamientos de Cristo no son para sí mismo, sino para sus amados discípulos. Desea evitarles cualquier prueba adicional de sus fuerzas.

Judas, el traidor de nuestro Salvador, no olvida su parte, sino que se acerca a Jesús, y le toma la mano como a un amigo familiar y le confiere el beso del traidor. Jesús le dice: "Amigo, ¿a qué vienes?" Su voz temblaba de dolor al dirigirse al engañado Judas. "¿Con un beso entregas al Hijo del Hombre?" Esta apelación supremamente conmovedora debería haber despertado la conciencia de Judas, y haber tocado su obstinado corazón; pero el honor, la fidelidad e incluso la ternura humana parecían haberle abandonado. Se mantuvo audaz y desafiante, sin mostrar ninguna disposición a ceder. Se había entregado al control de Satanás, para obrar la iniquidad, y no tenía voluntad para resistir. Jesús no resistió el beso del traidor. En esto nos da un ejemplo de tolerancia, amor y piedad sin parangón.

Aunque la turba asesina está sorprendida y asombrada por lo que ha visto y sentido, su seguridad y determinación regresan al ver la audacia de Judas al tocar la persona de Cristo, a quien tan recientemente habían visto glorificado. Ellos imponen violentas manos sobre Jesús, y están a punto de atar esas preciosas manos que siempre se habían empleado en hacer el bien.

Al ver los discípulos esa banda de endurecidos hombres yacer postrados e indefensos en el suelo, pensaron que seguramente su Maestro no permitiría que lo apresaran. El mismo poder que postró a aquella turba asalariada podría haberlos mantenido allí, y Jesús podría haber seguido su camino sin sufrir daños. Están decepcionados e indignados al ver que las cuerdas son traídas para atar las manos de aquel a quien aman. Pedro, en su vehemente cólera, se precipita y corta una oreja al siervo del sumo sacerdote.

Cuando Jesús vio lo que Pedro había hecho, se soltó las manos, ya sujetadas por los soldados romanos, y, diciendo: "Basta ya, dejad", tocó la oreja del hombre herido, y al instante es sanado. Incluso a sus enemigos, que están empeñados en quitarle la vida, da aquí pruebas inequívocas de su poder

divino. Jesús dijo a Pedro: "Vuelve tu espada a su lugar; porque todos los que tomen espada, a espada perecerán. ¿Acaso piensas que no puedo ahora orar a mi Padre, y que él no me daría más de doce legiones de ángeles? ¿Pero cómo entonces se cumplirían las Escrituras, de que es necesario que así se haga?" "la copa que el Padre me ha dado, ¿no la he de beber?" Jesús dijo al sumo sacerdote y a los capitanes del templo, que ayudaron a componer aquella multitud asesina: "¿Como contra un ladrón habéis salido con espadas y con palos para prenderme? Cada día estaba con vosotros enseñando en el templo, y no me prendisteis; pero es así, para que se cumplan las Escrituras."

Cuando los discípulos vieron que Jesús no se libraba de sus enemigos, sino que se dejaba apresar, lo abandonaron y huyeron, dejando solo a su Maestro. Cristo había previsto esta deserción, y les había dicho en el aposento alto, antes de que tuviera lugar, lo que harían: "He aquí la hora viene, y ha venido ya, en que seréis esparcidos cada uno por su lado, y me dejaréis solo; mas no estoy solo, porque el Padre está conmigo."

El Salvador del mundo fue conducido precipitadamente a la sala de juicios de un tribunal terrenal, para ser allí burlado y condenado a muerte por hombres pecadores. Allí el glorioso Hijo de Dios fue "herido por nuestras transgresiones, molido por nuestros pecados". Soportó el insulto, la burla y el abuso vergonzoso, hasta que "fue desfigurado de los hombres su parecer, y su hermosura más que la de los hijos de los hombres."

¿Quién puede comprender el amor aquí manifestado? Las huestes angélicas contemplaron con asombro y con dolor a Aquel quien había sido la majestad del Cielo, y quien había llevado la corona de gloria, llevando ahora la corona de espinas, víctima sangrante de la ira de una turba enfurecida, enardecidos hasta locura demencial por la ira de Satanás. ¡Contemplad la paciente Víctima! ¡Sobre su cabeza está la corona de espinas! ¡Su sangre vital fluye de cada vena lacerada! ¡Todo esto a consecuencia del pecado! Nada podría haber inducido a Cristo a dejar su honor y majestad en el Cielo, y venir a un mundo pecador, para ser ignorado, despreciado y rechazado por aquellos que vino a salvar, y finalmente sufrir en la cruz, sino amor, eterno y redentor, que siempre permanecerá un misterio.

¡Maravillaos, oh cielos, y asombraos, oh tierra! ¡Contemplad al opresor y al oprimido! Una vasta multitud rodea al Salvador del mundo. Las burlas y las mofas se mezclan con los groseros juramentos de la blasfemia.

Su modesto nacimiento y humilde vida son comentados por desdichados insensibles. Su pretensión de ser el Hijo de Dios es ridiculizada por los sumos sacerdotes y los ancianos, y la burla vulgar y el escarnio insultante pasan de boca en boca. Satanás tenía pleno control de las mentes de sus siervos. Para hacerlo eficazmente, comienza con los sumos sacerdotes y los ancianos, y los imbuye de frenesí religioso. Están animados por el mismo espíritu satánico que mueve a los miserables más viles y endurecidos.

Hay una armonía corrupta en los sentimientos de todos, desde los hipócritas sacerdotes y los ancianos hasta los más degradados. Cristo, el precioso Hijo de Dios, fue conducido, y la cruz fue puesta sobre sus hombros. A cada paso quedaba sangre que manaba de sus heridas. Abarrotado por una inmensa multitud de enemigos acérrimos y espectadores insensibles, es conducido fuera a la crucifixión. "Angustiado él, y afligido, no abrió su boca; como cordero fue llevado al matadero; y como oveja delante de sus trasquiladores, enmudeció, y no abrió su boca."

En la Cruz

Sus entristecidos discípulos le siguen a la distancia, detrás de la multitud homicida. Es clavado a la cruz, y cuelga suspendido entre los cielos y la tierra. Sus corazones rebosan de angustia al ver a su amado Maestro sufriendo como un criminal. Cerca de la cruz están los ciegos, fanáticos e infieles sacerdotes y ancianos escarneciendo, mofando y vituperando: "Tú, el que derribas el templo, y en tres días lo reedificas, sálvate a ti mismo: si eres Hijo de Dios, desciende de la cruz. De esta manera también los príncipes de los sacerdotes, escarneciendo con los escribas y los Fariseos y los ancianos, decían: A otros salvó, a sí mismo no puede salvar: si es el Rey de Israel, descienda ahora de la cruz, y creeremos en él. Confió en Dios: líbrele ahora si le quiere: porque ha dicho: Soy Hijo de Dios."

Ni una palabra contestó Jesús a todo esto. Aún mientras se hundían los clavos en sus manos, y gotas de sudor agónico fueron arrancadas de sus poros, de los labios pálidos y temblorosos del inocente afligido una oración de amor perdonador fue exhalada en favor de sus homicidas: "Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen." Todo el cielo contemplaba la escena con profundo interés. El glorioso Redentor de un mundo perdido sufría la penalidad por la transgresión del hombre de la ley del Padre. Estaba por redimir a su pueblo con su propia sangre. Estaba pagando las justas demandas de la santa ley de Dios. Este era el medio por el cual se había de acabar finalmente con el pecado, Satanás y su vil hueste.

¡Oh! ¿hubo alguna vez un sufrimiento y pesar como el que soportó el Salvador moribundo? Fue el sentir el desagrado de su Padre lo que hizo su copa tan amarga. No fue el sufrimiento corporal lo que acabó tan prestamente con la vida de Cristo en la cruz. Fue el peso abrumador de los pecados del mundo y la sensación de la ira de su Padre. La gloria del Padre y su presencia sostenedora le habían dejado, y la desesperación oprimía su aplastante peso de tinieblas sobre él, y arrancó de sus labios pálidos y temblorosos el angustiado grito: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?"

Jesús se había unido con el Padre al hacer el mundo. En medio de los agonizantes sufrimientos del Hijo de Dios, únicamente los hombres ciegos y engañados permanecen insensibles. Los príncipes de los sacerdotes y ancianos vilipendian al amado Hijo de Dios en sus expirantes agonías. Aún la naturaleza inanimada gime en simpatía con su Autor que sangra y perece. La tierra tiembla. El sol se niega a contemplar la escena. Los cielos acumulan oscuridad. Ángeles han presenciado la escena del sufrimiento hasta que no pueden mirarla más, y apartan sus rostros de la horrenda visión. ¡Cristo está en desesperación! ¡Está muriendo! La sonrisa de aprobación de su Padre es retirada, y no se permite a los ángeles aliviar la lobreguez de esta hora atroz. Sólo pueden contemplar con asombro a su amado General sufrir la penalidad por la transgresión del hombre a la ley del Padre.

Aun las dudas asaltaron al moribundo Hijo de Dios. No podía ver a través de los portales de la tumba. Ninguna esperanza resplandeciente le presentaba su salida del sepulcro como vencedor ni la aceptación de su sacrificio de parte de su Padre. El Hijo de Dios sintió hasta lo sumo el peso del pecado del mundo en

todo su espanto. El desagrado del Padre por el pecado y la penalidad de éste, que era la muerte, era todo lo que podía vislumbrar a través de esas asombrosas tinieblas. Se sintió tentado a temer que el pecado fuese tan ofensivo en los ojos de su Padre que no pudiese reconciliarse con su Hijo. La fiera tentación de que su propio Padre le había abandonado para siempre, provocó ese clamor angustioso en la cruz: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?”

Cristo sintió tanto como lo que sentirán los pecadores cuando las copas de la ira de Dios se derramen sobre ellos. La negra desesperación envolverá como una mortaja sus almas culpables, y entonces comprenderán en todo su sentido la pecaminosidad del pecado. La salvación ha sido comprada para ellos por los sufrimientos y la muerte del Hijo de Dios. Podría ser suya si la aceptaran voluntaria y gustosamente; pero ninguno está obligado a obedecer a la ley de Dios. Si niegan el beneficio celestial, si prefieren los placeres y el engaño del pecado, ellos pueden tener su elección, y al fin recibir su salario, que es la ira de Dios y la muerte eterna. Estarán para siempre separados de la presencia de Jesús, cuyo sacrificio han despreciado. Habrán perdido una vida de felicidad y sacrificado la gloria eterna por los placeres momentáneos del pecado.

La fe y la esperanza temblaron en medio de la agonía mortal de Cristo, pues Dios había removido la seguridad que hasta entonces había dado a su amado Hijo de su aprobación y aceptación. El Redentor del mundo se apoyó entonces en las evidencias que hasta entonces lo habían fortalecido, de que su Padre aceptaba sus labores y se complacía con su obra. En su agonía mortal, mientras entrega su preciosa vida, Él ha de confiar solamente por la fe en Aquel a quien siempre ha sido su gozo obedecer. No es alentado con claros y brillantes rayos de esperanza a diestra y siniestra. Todo está envuelto en una lobreguez opresiva. En medio de las espantosas tinieblas sentidas aún por la simpatizante naturaleza, el Redentor apura la misteriosa copa hasta las heces. Negada incluso la brillante esperanza y la confianza en el triunfo que será suyo en el futuro, exclama con fuerte voz: "Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu" Conoce el carácter de su Padre, su justicia, misericordia y gran amor. En sumisión se entrega en las manos de su Padre. En medio de las convulsiones de la naturaleza, los asombrados espectadores escuchan las agonizantes palabras del Hombre del Calvario: “Consumado es.”

La naturaleza simpatizó con los sufrimientos de su Autor. La tierra convulsa, las rocas desgarradas, y la pavorosa oscuridad proclamaron que era el Hijo de Dios quien moría. Hubo un poderoso terremoto. El velo del templo se rasgó en dos. El terror se apoderó de los verdugos y de los espectadores al contemplar el sol velado en tinieblas, y al sentir que la tierra temblaba bajo ellos y al ver y oír el desgarramiento de las rocas. Las burlas y los escarnios de los príncipes de los sacerdotes y ancianos cesaron cuando Cristo encomendó su espíritu en las manos de su Padre. La asombrada muchedumbre empezó a retirarse y buscando a tientas en las tinieblas, el camino de regreso a la ciudad, se golpeaban el pecho mientras iban, y con terror, hablaban apenas por encima de un susurro entre sí: "*Asesinaron a un inocente. ¿Qué será de nosotros, si verdaderamente él es, como lo afirmó, el Hijo de Dios?*"

Todo por Nosotros

Jesús no entregó su vida hasta que no hubo realizado la obra que había venido a hacer y exclamó con su último aliento: "Consumado es". Satanás fue entonces derrotado. Supo que su reino estaba perdido. Los ángeles se regocijaron cuando fueron pronunciadas las palabras: "Consumado es". El gran plan de redención, que dependía de la muerte de Cristo, había sido ejecutado hasta allí. Y hubo gozo en el cielo porque los hijos de Adán podrían, mediante una vida de obediencia, ser finalmente exaltados al trono de Dios. ¡Oh, qué amor! ¡Qué asombroso amor fue el que trajo al Hijo de Dios a la tierra para que fuese hecho pecado por nosotros a fin de que pudiésemos ser reconciliados con Dios y elevados a vivir con él en sus mansiones de gloria! ¡Oh, qué es el hombre para que se hubiese de pagar un precio tal por su redención!

Cuando los hombres y las mujeres puedan comprender más plenamente la magnitud del gran sacrificio que fue hecho por la Majestad del cielo al morir en lugar del hombre, entonces será magnificado el plan de salvación, y las reflexiones del Calvario despertarán emociones sagradas y vivas en el corazón del cristiano. Alabanzas a Dios y al Cordero estarán en sus corazones y labios. El orgullo y la estima propia no pueden florecer en los corazones que

mantienen frescos los recuerdos de las escenas del Calvario. Este mundo parecerá de poco valor a aquellos que estimen el gran precio de la redención del hombre.

Todas las riquezas del mundo no tienen suficiente valor para redimir un alma que perece. ¿Quién puede medir el amor que sintió Cristo por el mundo perdido, mientras pendía de la cruz sufriendo por los pecados de los hombres culpables? Este amor fue inconmensurable, infinito.

Cristo demostró que su amor era más fuerte que la muerte. Aun sufriendo el más temible conflicto con las potestades de las tinieblas, su amor por los pecadores que perecen se intensificaba. Soportó el ocultamiento del rostro de su Padre, hasta ser conducido a exclamar en la amargura de su alma: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?" Su brazo trajo salvación. El precio fue pagado para comprar la redención del hombre cuando, en la última lucha de su alma, expresó las bienaventuradas palabras que parecieron repercutir por toda la creación: "Consumado es".

Muchos de los que profesan ser cristianos se entusiasman por emprendimientos mundanales, y se interesan por diversiones nuevas y excitantes, mientras que su corazón parece helado en la causa de Dios. He aquí, pobre formalista, un tema que tiene suficiente importancia para estimularte. Entraña intereses eternos. Las escenas del Calvario despiertan la más profunda emoción. Tendrás disculpa si manifiestas entusiasmo por este tema. Que Cristo, tan excelso, tan inocente, hubiese de sufrir una muerte tan dolorosa y soportando el peso de los pecados del mundo, es algo que nuestros pensamientos e imaginaciones no podrán nunca alcanzar plenamente, de manera de medir la longitud, anchura, altura y profundidad de un amor tan asombroso. La contemplación del incomparable amor del Salvador debiera llenar la mente, tocar y derretir el alma, refinar y elevar los afectos, y transformar completamente todo el carácter. El lenguaje del apóstol es: "Me propuse no saber cosa entre vosotros alguna sino a Jesucristo, y a este crucificado". Y nosotros también podemos mirar al Calvario y exclamar: "Pero lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo me es crucificado a mí, y yo al mundo".

Considerando a qué inmenso costo se compró nuestra redención, ¿cuál será la suerte de los que descuiden tan grande salvación? ¡Cuál será el castigo de los que profesan seguir a Cristo, y sin embargo no se postran en humilde obediencia a los requerimientos de su Redentor, ni toman la cruz ¡como humildes discípulos de Cristo!

Algunos tienen perspectivas limitadas acerca de la expiación. Piensan que Cristo sufrió tan sólo una pequeña parte de la penalidad de la ley de Dios; y que, aunque su amado Hijo sintió la ira de Dios, ellos suponen que advertía a través de sus dolorosos sufrimientos el amor y la aceptación del Padre; que los portales de la tumba se iluminaban delante de él con radiante esperanza. Aquí hay un gran error. La más punzante angustia de Cristo fue una sensación del desagrado de su Padre. La agonía mental que esto le causaba fue tan intensa que el hombre puede tan solo apreciarla débilmente.

Para muchos, la historia de la humillación y el sacrificio de nuestro Señor no despierta interés más profundo ni conmueve más el alma, ni afecta más la vida que la historia de la muerte de los mártires de Jesús. Muchos sufrieron la muerte por torturas lentas; otros murieron crucificados. ¿En qué difiere de estas muertes la del amado Hijo de Dios? Es verdad que murió en la cruz una muerte de lo más cruel; sin embargo, otros por amor a él, han sufrido igualmente, en lo que respecta a torturas corporales. ¿Por qué fue entonces más espantoso el sufrimiento de Cristo que el de otras personas que entregaron su vida por amor a él? Si los sufrimientos de Cristo consistieron solamente en dolor físico, entonces su muerte no fue más dolorosa que la de algunos mártires.

Pero el dolor corporal fue tan sólo una pequeña parte de la agonía que sufrió el amado Hijo de Dios. Los pecados del mundo estaban sobre él, así como la sensación de la ira de su Padre, mientras sufría la penalidad de la ley. Fue esto lo que abrumó su alma divina. Fue el ocultamiento del rostro de su Padre –el sentimiento de que su propio Padre le había abandonado– lo que infundió desesperación. La separación que el pecado hace entre Dios y el hombre fue plenamente comprendida y vívidamente sentida por el inocente y sufriente Hombre del Calvario. Fue oprimido por las potestades de las tinieblas. No tuvo un solo rayo de luz para iluminar el futuro. Y luchó con el poder de Satanás, que declaraba que tenía a Cristo en su poder, que era superior en fuerza al Hijo

de Dios, que el Padre había negado a su Hijo y que ya no gozaba del favor de Dios más que él mismo. Si gozaba aún del favor divino, ¿por qué necesitaba morir? Dios podía salvarlo de la muerte.

Cristo no cedió en el menor grado al enemigo que lo torturaba, ni aun en su más acerba angustia. Legiones de ángeles malos estaban todo alrededor del Hijo de Dios, sin embargo, a los santos ángeles se les pidió que no rompiesen sus filas ni se empeñasen en lucha contra el enemigo burlón y vilipendiador. A los ángeles celestiales no se les permitió ministrar al angustiado espíritu del Hijo de Dios. Fue en esta terrible hora de tinieblas, el rostro de su Padre ocultado, legiones de malos ángeles cubriéndole, los pecados del mundo sobre él, que las palabras fueron arrancadas de sus labios: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?”

Debemos tener perspectivas más grandes, amplias y profundas de la vida, los sufrimientos y la muerte del querido Hijo de Dios. Cuando la expiación es vista correctamente, la salvación de las almas será sentida ser de infinito valor. En comparación con el valor de la vida eterna, todo lo demás se hunde en la insignificancia. Pero cómo han sido despreciados por muchos los consejos de este amoroso Salvador. Las devociones del corazón han sido para el mundo, y los intereses egoístas han cerrado la puerta contra el Hijo de Dios. La hipocresía hueca y el orgullo, el egoísmo y la ganancia, la envidia, la malicia y la pasión, han llenado de tal manera los corazones de muchos que Cristo no puede tener cabida.

Él era eternamente rico, "pero por nosotros se hizo pobre, para que nosotros, por su pobreza, nos enriqueciéramos". Estaba revestido de luz y gloria, rodeado de huestes de ángeles celestiales que esperaban para ejecutar sus órdenes. Sin embargo, se revistió de nuestra naturaleza y vino a morar entre los hombres pecadores. "Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios". He aquí un amor que ningún lenguaje puede expresar. Nuestras almas deberían ser animadas, elevadas y cautivadas con el tema del amor del Padre y del Hijo. "Y todo aquel que tiene esta esperanza en él, se purifica a sí mismo, así como él es puro". Los seguidores de Cristo deberían aprender aquí a reflejar en algún grado ese amor misterioso, preparándose para unirse a todos los redimidos en atribuir "al que está

sentado en el trono, y al Cordero, … la alabanza, la honra, la gloria y el poder, por los siglos de los siglos".

Consumado Es

Cristo no entregó su vida hasta que hubo cumplido la obra que había venido a hacer, y con su último aliento exclamó: "Consumado es." La batalla había sido ganada. Su diestra y su brazo santo le habían conquistado la victoria. Como Vencedor, plantó su estandarte en las alturas eternas. *¿No hubo gozo entre los ángeles? Todo el cielo triunfó en la victoria del Salvador. Satanás fue derrotado, y supo que su reino estaba perdido.*

Para los ángeles y los mundos que no habían caído, el clamor, "Consumado es" *tuvo profundo significado*. *Fue tanto para ellos como para nosotros que se realizó la gran obra de la redención.* Ellos comparten con nosotros los frutos de la victoria de Cristo.

No fue hasta la muerte de Cristo que el carácter de Satanás fue revelado claramente a los ángeles o a los mundos que no habían caído. El gran apóstata se había revestido de tal manera de engaño que aun los seres santos no habían comprendido sus principios. No habían percibido claramente la naturaleza de su rebelión.

Era un ser de poder y gloria admirables el que se había levantado contra Dios. Acerca de Lucifer el Señor dice: "Tú echas el sello a la proporción, lleno de sabiduría, y acabado de hermosura." Lucifer había sido el querubín cubridor. Había estado en la luz de la presencia de Dios. Había sido el más alto de todos los seres creados y el primero en revelar los propósitos de Dios al universo. Después que hubo pecado, su poder seductor era tanto más engañoso y resultaba tanto más difícil desenmascarar su carácter cuanto más exaltada había sido la posición que ocupara con el Padre.

Dios podría haber destruido a Satanás y a los que simpatizaban con él tan fácilmente como nosotros podemos arrojar una piedrecita al suelo; pero no lo hizo. La rebelión no se había de vencer por la fuerza. *El poder compulsorio es*

encontrado solamente bajo el gobierno de Satanás. Los principios del Señor no son de este orden. Su autoridad descansa en la bondad, la misericordia y el amor; *y la presentación de estos principios es el medio a emplear.* El gobierno de Dios es moral, y la verdad y el amor han de ser *el poder prevaleciente*.

Era el propósito de Dios colocar las cosas sobre una eterna base de seguridad, y en los concilios del cielo fue decidido *que se debía dar tiempo* para que Satanás desarrollara los principios que constituían el fundamento de su sistema de gobierno. Él había aseverado que eran superiores a los principios de Dios. Se dio tiempo al desarrollo de los principios de Satanás, a fin de que pudiesen ser vistos por el universo celestial.

Satanás indujo a los hombres a pecar, y el plan de la redención fue puesto en práctica. Durante cuatro mil años Cristo estuvo obrando para elevar al hombre, y Satanás para arruinarlo y degradarlo. Y el universo celestial lo contempló todo.

Cuando Jesús vino al mundo, el poder de Satanás fue dirigido contra él. Desde que apareció como niño en Belén, el usurpador obró para lograr su destrucción. De toda manera posible, procuró impedir que Jesús alcanzase una infancia perfecta, una virilidad inmaculada, un ministerio santo, y un sacrificio sin mancha. Pero fue derrotado. No pudo inducir a Jesús a pecar. No pudo desalentarle ni inducirle a apartarse de la obra que había venido a hacer en la tierra. Desde el desierto al Calvario, la tempestad de la ira de Satanás le azotó, pero cuanto más despiadada era, tanto más firmemente se aferraba el Hijo de Dios de la mano de su Padre, y avanzaba en la senda ensangrentada. Todos los esfuerzos de Satanás para oprimirle y vencerle no lograron sino hacer resaltar con luz más pura su carácter inmaculado.

Todo el cielo y los mundos no caídos *habían sido testigos* de la controversia. Con qué intenso interés siguieron las escenas finales del conflicto. Vieron al Salvador entrar en el huerto de Getsemaní, su alma agobiada por el horror *de una grande oscuridad*. Oyeron su amargo clamor: “Padre mío, si es posible, pase de mí esta copa.” *Al ser retirada la presencia del Padre*, le vieron entristecido con una amargura de pesar que excedía a la de la última gran lucha con la muerte. El sudor de sangre brotó de sus poros y cayó en gotas sobre el suelo. *Tres veces la oración por liberación fue arrancada de sus labios*. El Cielo

no podía ya soportar la escena, y un mensajero de consuelo fue enviado al Hijo de Dios.

El Cielo contempló a la Víctima entregada en las manos de la turba homicida y llevada apresuradamente entre burlas y violencias de un tribunal a otro. Oyó los escarnios de sus perseguidores con referencia a su humilde nacimiento. Oyó la negación con maldiciones y juramentos de uno de sus más amados discípulos. Vio la obra frenética de Satanás y su poder sobre los corazones humanos. ¡Oh terrible escena! El Salvador apresado a medianoche en Getsemaní, arrastrado de aquí para allá desde el palacio al tribunal, emplazado dos veces delante de los sacerdotes, dos veces delante del Sanedrín, dos veces delante de Pilato y una vez delante de Herodes. Burlado, azotado, condenado y llevado a ser crucificado, llevando la pesada carga de la cruz, entre el llanto de las hijas de Jerusalén y los escarnios del populacho.

El Cielo contempló con pesar y asombro a Cristo colgado de la cruz, mientras la sangre fluía de sus sienes heridas y el sudor teñido de sangre brotaba en su frente. De sus manos y sus pies caía la sangre, gota a gota, sobre la roca horadada para recibir el pie de la cruz. Las heridas hechas por los clavos se desgarraban bajo el peso de su cuerpo. Su jadeante aliento se fue haciendo más rápido y más profundo, mientras su alma agonizaba bajo la carga de los pecados del mundo. Todo el cielo se llenó de asombro cuando Cristo ofreció su oración en medio de sus terribles sufrimientos: “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen.” Sin embargo, allí estaban los hombres formados a la imagen de Dios uniéndose para destruir la vida de su Hijo unigénito. ¡Qué espectáculo para el universo celestial!

Los principados y las potestades de las tinieblas estaban congregados en derredor de la cruz, arrojando la sombra infernal de la incredulidad en los corazones humanos. Cuando el Señor creó estos seres para que estuviesen delante de su trono eran hermosos y gloriosos. Su belleza y santidad estaban de acuerdo con su exaltada posición. Estaban enriquecidos por la sabiduría de Dios y ceñidos por la panoplia del cielo. Eran ministros de Jehová. Pero, ¿quién podía reconocer en los ángeles caídos a los gloriosos serafines que una vez ministraron en los atrios celestiales?

Los agentes satánicos se confederaron con los hombres impíos para inducir al pueblo a creer que Cristo era el príncipe de los pecadores, y para hacer de él un objeto de abominación. Los que se burlaron de Cristo mientras pendía de la cruz estaban dominados por el espíritu del primer gran rebelde. Llenó sus bocas de palabras viles y abominables. Inspiró sus burlas. Pero nada ganó con todo esto.

Si se hubiese podido encontrar un pecado en Cristo, si en un detalle hubiese cedido a Satanás para escapar a la terrible tortura, el enemigo de Dios y del hombre habría triunfado. Cristo inclinó la cabeza y murió, pero mantuvo firme su fe y su sumisión a Dios. "Y oí una grande voz en el cielo que decía: Ahora ha venido la salvación, y la virtud, y el reino de nuestro Dios, y el poder de su Cristo; porque el acusador de nuestros hermanos ha sido arrojado, el cual los acusaba delante de nuestro Dios día y noche."

Satanás vio que su disfraz le había sido arrancado. Su administración quedaba desenmascarada delante de los ángeles que no habían caído y delante del universo celestial. Se había revelado como homicida. Al derramar la sangre del Hijo de Dios, *se había desarraigado él mismo de la simpatía de los seres celestiales*. Desde entonces su obra sería restringida. Cualquiera que fuese la actitud que asumiese, no podría ya acechar a los ángeles mientras salían de los atrios celestiales, ni acusar ante ellos a los hermanos de Cristo de estar revestidos de ropas de negrura y contaminación de pecado. Estaba roto el último vínculo de simpatía entre Satanás y el mundo celestial.

Sin embargo, Satanás no fue destruido entonces. Los ángeles no comprendieron ni aun entonces todo lo que entrañaba la gran controversia. Los principios que estaban en juego habían de ser revelados en mayor plenitud. Y por causa del hombre, la existencia de Satanás *debía ser continuada*. Tanto el hombre como los ángeles *deben* ver el contraste entre el Príncipe de la luz y el príncipe de las tinieblas. El hombre *debe elegir a quién va a servir*.

Al principio de la gran controversia, Satanás había declarado que la ley de Dios no podía ser obedecida, que la justicia no concordaba con la misericordia y que, *de ser la ley quebrantada, sería imposible para el pecador ser perdonado*. Cada pecado debe recibir su castigo, sostenía insistentemente Satanás; y si

Dios remitía el castigo del pecado, no sería un Dios de verdad y justicia. Cuando los hombres *quebrantaron la ley de Dios y desafiaron su voluntad*, *Satanás se regocijó*. Declaraba que ello demostraba que la ley de Dios no podía ser obedecida; el hombre no podía ser perdonado. Por cuanto él mismo, después de su rebelión, había sido desterrado del cielo, Satanás sostuvo que la familia humana debía quedar privada para siempre del favor de Dios. *Dios no podía ser justo, insistió, y a la vez mostrar misericordia al pecador*.

Pero aunque pecador, el hombre estaba en una situación diferente de la de Satanás. Lucifer había pecado en el cielo en la luz de la gloria de Dios. A él como a ningún otro ser creado había sido dada una revelación del amor de Dios. Comprendiendo el carácter de Dios y conociendo su bondad, Satanás decidió seguir su propia voluntad egoísta e independiente. Su elección fue final. No había ya nada que Dios pudiese hacer para salvarle. Pero el hombre fue engañado; su mente fue entenebrecida por el sofisma de Satanás. No conocía la altura y la profundidad del amor de Dios. Para él había esperanza en el conocimiento del amor de Dios. Contemplando su carácter, podía ser atraído de vuelta a Dios.

Mediante Jesús, la misericordia de Dios fue manifestada a los hombres; pero la misericordia no pone a un lado la justicia. La ley revela los atributos del carácter de Dios, y no podía cambiarse una jota o una tilde de ella para ponerla al nivel del hombre en su condición caída. Dios no cambió su ley, pero se sacrificó, en Cristo, por la redención del hombre. “Dios estaba en Cristo reconciliando el mundo a sí.”

La ley requiere justicia, una vida justa, un carácter perfecto; y esto no lo tenía el hombre para darlo. No puede satisfacer los requerimientos de la santa ley de Dios. Pero Cristo, viniendo a la tierra como hombre, vivió una vida santa y desarrolló un carácter perfecto. Ofrece éstos como don gratuito a todos los que quieran recibirlos. Su vida *responde* por la vida de los hombres. Así tienen remisión de los pecados pasados, por la paciencia de Dios. Más que esto, Cristo imparte a los hombres *los* atributos de Dios. Edifica el carácter humano a la semejanza del carácter divino y produce una hermosa obra espiritualmente fuerte y bella. Así la misma justicia de la ley se cumple en el que cree en Cristo. Dios puede ser “justo, y el que justifica al que es de la fe de Jesús.”

El amor de Dios ha sido expresado en su justicia no menos que en su misericordia. La justicia es el fundamento de su trono y el fruto de su amor. Había sido el propósito de Satanás divorciar la misericordia de la verdad y la justicia. Procuró demostrar que la justicia de la ley de Dios es enemiga de la paz. Pero Cristo demuestra que en el plan de Dios están indisolublemente unidas; la una no puede existir sin la otra. "La misericordia y la verdad se encontraron; la justicia y la paz se besaron."

Por su vida y su muerte, Cristo demostró que la justicia de Dios no destruye su misericordia, *sino* que el pecado podía ser perdonado, y que la ley es justa y puede ser obedecida perfectamente. Las acusaciones de Satanás fueron refutadas. Dios había dado al hombre evidencia inequívoca de su amor.

Otro engaño iba a ser presentado ahora. Satanás declaró que la misericordia destruía la justicia, que la muerte de Cristo abrogaba la ley del Padre. Si hubiese sido posible que la ley fuera cambiada o abrogada, Cristo no habría necesitado morir. Pero abrogar la ley sería inmortalizar la transgresión y colocar al mundo bajo el dominio de Satanás. Porque la ley era inmutable, porque el hombre podía ser salvo únicamente *mediante* la obediencia a sus preceptos, fue que Jesús fue levantado en la cruz. Sin embargo, Satanás representó como destructor de la ley aquel mismo medio por el cual Cristo la estableció. Alrededor de esto girará el último conflicto de la gran lucha entre Cristo y Satanás.

El aserto que Satanás presenta ahora es que la ley pronunciada por la misma voz de Dios es deficiente, que alguna especificación de ella ha sido puesta a un lado. Es el último gran engaño que arrojará sobre el mundo. No necesita atacar toda la ley; si puede inducir a los hombres a despreciar un precepto, logra su propósito. "Porque cualquiera que hubiere guardado toda la ley, y ofendiere en un punto, es hecho culpado de todos." Consintiendo en violar un precepto, los hombres se colocan bajo el poder de Satanás. Substituyendo la ley de Dios por la ley humana, Satanás procurará dominar al mundo. Esta obra está predicha en la profecía. Acerca del gran poder apóstata que representa a Satanás, se ha declarado: "Hablará palabras contra el Altísimo, y a los santos del Altísimo quebrantará, y pensará en mudar los tiempos y la ley: y entregados serán en su mano."

Los hombres *con seguridad* erigirán sus leyes para contrarrestar las leyes de Dios. Tratarán de compeler las conciencias ajenas, y en su celo para imponer esas leyes oprimirán a sus semejantes.

La guerra contra la ley de Dios, que empezó en el cielo, continuará hasta el fin del tiempo. Cada hombre será probado. *Obediencia o desobediencia es la cuestión a ser decidida por el mundo entero.* Todos serán llamados a elegir entre la ley de Dios y las leyes de los hombres. *Aquí* se trazará la línea divisoria. Habrá solamente dos clases. Todo carácter *será plenamente desarrollado*; y todos demostrarán si han elegido el lado de la lealtad o el de la rebelión.

Entonces vendrá el fin. Dios vindicará su ley y librará a su pueblo. Satanás y todos los que se han unido con él en la rebelión serán cortados. El pecado y los pecadores perecerán, raíz y rama, –Satanás la raíz, y sus seguidores las ramas. Será cumplida la palabra dirigida al príncipe del mal: "Por cuanto pusiste tu corazón como corazón de Dios, ... te arrojé de entre las piedras del fuego, oh querubín cubridor.... En espanto serás, y para siempre dejarás de ser." Entonces "no será el malo: y contemplarás sobre su lugar, y no parecerá;" "serán como si no hubieran sido."

Este no es un acto de *poder arbitrario* de parte de Dios. Los que rechazan su misericordia siegan lo que sembraron. Dios es la fuente de la vida; y cuando uno elige el servicio del pecado, se separa de Dios, y se separa así de la vida. Queda privado "de la vida de Dios." Cristo dice: "Todos los que me aborrecen, aman la muerte." Dios les da la existencia por un tiempo para que desarrollen su carácter y revelen sus principios. Logrado esto, reciben los resultados de su propia elección. Por una vida de rebelión, Satanás y todos los que se unen con él se colocan de tal manera en desarmonía con Dios que la misma presencia de él es para ellos un fuego consumidor. La gloria de Aquel que es amor los destruye.

Al principio de la gran controversia, los ángeles no comprendían esto. Si se hubiese dejado a Satanás y su hueste cosechar el pleno resultado de su pecado, habrían perecido; pero para los seres celestiales no habría sido evidente que ello era el resultado inevitable del pecado. Habría permanecido en su mente una duda en cuanto a la bondad de Dios, como mala semilla para producir su mortífero fruto de pecado y desgracia.

Pero no sucederá así cuando la gran controversia termine. Entonces, habiendo sido completado el plan de la redención, el carácter de Dios *es* revelado a todas las *inteligencias* creadas. Los preceptos de su ley *son vistos* ser perfectos e inmutables. El pecado habrá manifestado entonces su naturaleza; Satanás, su carácter. Entonces el exterminio del pecado vindicará el amor de Dios y *establecerá* su honor delante de un universo compuesto de seres que se deleitarán en hacer su voluntad y en cuyo corazón estará su ley.

Bien podían, pues, los ángeles regocijarse al mirar la cruz del Salvador; porque aunque no lo comprendiesen entonces todo, sabían que la destrucción del pecado y de Satanás estaba asegurada para siempre, como también la redención del hombre, y el universo quedaba eternamente seguro. Cristo mismo *comprendió* plenamente los resultados del sacrificio hecho en el Calvario. Los consideraba todos cuando en la cruz exclamó: "Consumado es."

El Fin del Conflicto

Al fin de los mil años, Cristo regresa otra vez a la tierra. Le acompaña la hueste de los redimidos, y le sigue una comitiva de ángeles. Al descender en majestad aterradora, manda a los muertos impíos que resuciten para recibir su condenación. Se levanta su gran ejército, innumerable como la arena del mar. ¡Qué contraste entre ellos y los que resucitaron en la primera resurrección! Los justos estaban revestidos de juventud y belleza inmortales. Los impíos llevan las huellas de la enfermedad y de la muerte.

Todo ojo de esa inmensa multitud se vuelve para contemplar la gloria del Hijo de Dios. A una voz las huestes de los impíos exclaman: "¡Bendito el que viene en el nombre del Señor!" No es amor a Jesús lo que inspira esta exclamación. La fuerza de la verdad arranca esas palabras de sus *reacios* labios. Los impíos salen de sus tumbas tales como a ellas bajaron, con la misma enemistad hacia Cristo y el mismo espíritu de rebelión. No disponen de un nuevo tiempo de gracia para remediar los defectos de su vida pasada, pues de nada les serviría. Toda una vida de pecado no ablandó sus corazones. De serles concedido un

segundo tiempo de gracia, lo emplearían como el primero, eludiendo las exigencias de Dios e incitándose a la rebelión contra él.

Cristo baja sobre el Monte de los Olivos, de donde ascendió después de su resurrección, y donde los ángeles repitieron la promesa de su regreso. El profeta dice: "Vendrá Jehová mi Dios, y con él todos los santos". "En aquel día se afirmarán sus pies sobre el Monte de los Olivos, que está en frente de Jerusalén, al oriente. El Monte de los Olivos, se partirá por la mitad [...] formando un valle muy grande". "Y Jehová será rey sobre toda la tierra. En aquel día Jehová será único, y único será su nombre". Zacarías 14:5, 4, 9 (RV95). La nueva Jerusalén, descendiendo del cielo en su deslumbrante esplendor, se asienta en el lugar purificado y preparado para recibirla, y Cristo, *con* su pueblo y los ángeles, entran en la santa ciudad.

Entonces Satanás se prepara para la última tremenda lucha por la supremacía. Mientras estaba despojado de su poder e imposibilitado para hacer su obra de engaño, el príncipe del mal se sentía abatido y desgraciado; pero cuando resucitan los impíos y ve las grandes multitudes que tiene al lado suyo, sus esperanzas reviven y resuelve no rendirse en el gran conflicto. Alistará bajo su bandera a todos los ejércitos de los perdidos y por medio de ellos tratará de ejecutar sus planes. Los impíos son sus cautivos. Al rechazar a Cristo aceptaron la autoridad del jefe de los rebeldes. Están listos para aceptar sus sugestiones y ejecutar sus órdenes. No obstante, fiel a su antigua astucia, no se da por Satanás. Pretende ser el príncipe que tiene derecho a la posesión de la tierra y cuya herencia le ha sido arrebatada injustamente. Se presenta ante sus súbditos engañados como redentor, asegurándoles que su poder los ha sacado de sus tumbas y que está a punto de librarlos de la más cruel tiranía. Habiendo *sido retirada la presencia de Cristo*, Satanás obra milagros para sostener sus pretensiones. Fortalece a los débiles y a todos les infunde su propio espíritu y energía. Propone dirigirlos contra el real de los santos y tomar posesión de la ciudad de Dios. En un arrebato belicoso señala los innumerables millones que han sido resucitados de entre los muertos, y declara que como jefe de ellos es muy capaz de destruir la ciudad y recuperar su trono y su reino.

Entre aquella inmensa muchedumbre *hay multitudes* de la raza longeva que existía antes del diluvio; hombres de estatura elevada y de capacidad intelectual gigantesca, que habiendo cedido al dominio de los ángeles caídos,

consagraron toda su habilidad y todos sus conocimientos a la exaltación de sí mismos; hombres cuyas obras artísticas maravillosas hicieron que el mundo idolatrase su genio, pero cuya crueldad y malos ardides mancillaron la tierra y borraron la imagen de Dios, *haciendo que Él los rayera de la faz de su creación*. Allí hay reyes y generales que conquistaron naciones, hombres valientes que nunca perdieron una batalla, guerreros soberbios y ambiciosos cuya venida hacía temblar reinos. La muerte no los cambió. Al salir de la tumba, reasumen el curso de sus pensamientos en el punto mismo en que lo dejaran. Se levantan animados por el mismo deseo de conquista que los dominaba cuando cayeron.

Satanás consulta con sus ángeles, y luego con esos reyes, conquistadores y hombres poderosos. Consideran la fuerza y el número de los suyos, y declaran que el ejército que está dentro de la ciudad es pequeño, comparado con el de ellos, y que se lo puede vencer. Preparan sus planes para apoderarse de las riquezas y gloria de la nueva Jerusalén. En el acto todos se disponen para la batalla. Hábiles artífices fabrican armas de guerra. Renombrados caudillos organizan en compañías y divisiones las muchedumbres de guerreros.

Al fin se da la orden de marcha, y las huestes innumerables se ponen en movimiento—un ejército cual no fue jamás reunido por conquistadores terrenales ni podría ser igualado por las fuerzas combinadas de todas las edades desde que empezaron las guerras en la tierra. Satanás, el más poderoso guerrero, marcha al frente, y sus ángeles unen sus fuerzas para esta batalla final. Hay reyes y guerreros en su comitiva, y las multitudes siguen en grandes compañías, cada cual bajo su correspondiente jefe. Con precisión militar las columnas cerradas avanzan sobre la superficie desgarrada y escabrosa de la tierra hacia la ciudad de Dios. Por orden de Jesús, se cierran las puertas de la nueva Jerusalén, y los ejércitos de Satanás circundan la ciudad y se preparan para el asalto.

Entonces Cristo reaparece a la vista de sus enemigos. Muy por encima de la ciudad, sobre un fundamento de oro bruñido, hay un trono alto y encumbrado. En el trono está sentado el Hijo de Dios, y en torno suyo están los súbditos de su reino. Ningún lenguaje, ninguna pluma pueden expresar ni describir el poder y la majestad de Cristo. La gloria del Padre Eterno envuelve a su Hijo. El esplendor de su presencia llena la ciudad de Dios, rebosando más allá de las puertas e inundando toda la tierra con su brillo.

Inmediatos al trono se encuentran los que fueron alguna vez celosos en la causa de Satanás, pero que, cual tizones arrancados del fuego, siguieron luego a su Salvador con profunda e intensa devoción. Vienen después los que perfeccionaron su carácter cristiano en medio de la mentira y de la infidelidad, los que honraron la ley de Dios cuando el mundo cristiano la declaró abolida, y los millones de todas las edades que fueron martirizados por su fe. Y más allá está la "grande muchedumbre, que nadie podía contar, de entre todas las naciones, y las tribus, y los pueblos, y las lenguas [...] de pie ante el trono y delante del Cordero, revestidos de ropas blancas, y teniendo palmas en sus manos", Apocalipsis 7:9 (VM). Su lucha terminó; ganaron la victoria. *Han corrido la carrera y alcanzado el premio*. La palma que llevan en la mano es símbolo de su triunfo, la vestidura blanca, emblema de la *inmaculada* justicia de Cristo que es ahora de ellos.

Los redimidos entonan un canto de alabanza que se extiende y repercute por las bóvedas del cielo: "¡Atribúyase la salvación a nuestro Dios, que está sentado sobre el trono, y al Cordero!" Vers. 10. Ángeles y serafines unen sus voces en adoración. Al ver los redimidos el poder y la malignidad de Satanás, han comprendido, como nunca antes, que ningún poder fuera del de Cristo habría podido hacerlos vencedores. *En toda esa radiante* muchedumbre ni uno se atribuye a sí mismo la salvación, como si hubiese prevalecido con su propio poder y su bondad. Nada se dice de lo que han hecho o sufrido, sino que el tema de cada canto, la nota dominante de cada antífona es: "Salvación a nuestro Dios y al Cordero".

En presencia de los habitantes de la tierra y del cielo reunidos, se efectúa la coronación final del Hijo de Dios. Y entonces, revestido de suprema majestad y poder, el Rey de reyes falla el juicio de aquellos que se rebelaron contra su gobierno, y ejecuta justicia contra los que transgredieron su ley y oprimieron a su pueblo. El profeta de Dios dice: "Vi un gran trono blanco, y al que estaba sentado sobre él, de cuya presencia huyó la tierra y el cielo; y no fue hallado lugar para ellos. Y ví a los muertos, pequeños y grandes, estar en pie delante del trono; y abriéronse los libros; abrióse también otro libro, que es el libro de la vida: y los muertos fueron juzgados de acuerdo con las cosas escritas en los libros, según sus obras". Apocalipsis 20:11, 12 (VM).

Tan pronto como se abren los registros, y la mirada de Jesús se dirige hacia los impíos, *estos son* conscientes de todos los pecados que cometieron. Reconocen exactamente el lugar donde sus pies se apartaron del sendero de la pureza y de la santidad, y cuán lejos el orgullo y la rebelión los han llevado en el camino de la transgresión de la ley de Dios. Las tentaciones seductoras que ellos fomentaron cediendo al pecado, las bendiciones que pervirtieron, su desprecio de los mensajeros de Dios, los avisos rechazados, *las oleadas de misericordia rechazadas por el corazón obstinado e impenitente*; todo eso *aparece* como si estuviese escrito *en* letras de fuego.

Por encima del trono es *revelada* la cruz; y como en vista panorámica aparecen las escenas de la tentación, la caída de Adán y las fases sucesivas del gran plan de redención. El humilde nacimiento del Salvador; su juventud pasada en la sencillez y en la obediencia; su bautismo en el Jordán; el ayuno y la tentación en el desierto; su ministerio público, que reveló a los hombres las bendiciones más preciosas del cielo; los días repletos de obras de amor y misericordia, y las noches pasadas en oración y vigilia en la soledad de los montes; las conspiraciones de la envidia, del odio y de la malicia con que se recompensaron sus beneficios; la terrible y misteriosa agonía en Getsemaní, bajo el peso *aplastante* de los pecados de todo el mundo; la traición que le entregó en manos de la turba asesina; los terribles acontecimientos de esa noche de horror; el *pacífico prisionero* olvidado de sus discípulos más amados, arrastrado brutalmente por las calles de Jerusalén; el *Hijo* de Dios presentado con visos de triunfo ante Anás, obligado a comparecer en el palacio del sumo sacerdote, en el pretorio de Pilato, ante el cobarde y cruel Herodes; ridiculizado, insultado, atormentado y condenado a muerte; *todo es vívidamente representado*.

Luego, ante las multitudes agitadas, *son reveladas* las escenas finales: el paciente Varón de dolores pisando el sendero *al* Calvario; el Príncipe del cielo *colgando* de la cruz; los sacerdotes altaneros y el populacho escarnecedor ridiculizando *su* agonía de muerte; la oscuridad sobrenatural; el temblor de la tierra, las rocas destrozadas y los sepulcros abiertos que señalaron el momento en que expiró el Redentor del mundo.

La escena terrible se presenta *tal como fue*. Satanás, sus ángeles y sus súbditos *no tienen poder para apartar los ojos* del cuadro que representa su propia

obra. Cada actor recuerda el papel que desempeñó. Herodes, el que mató a los niños inocentes de Belén para hacer morir al Rey de Israel; la innoble Herodías, sobre cuya alma culpable pesa la sangre de Juan el Bautista; el débil Pilato, esclavo de las circunstancias; los soldados escarnecedores; los sacerdotes y gobernantes, y la muchedumbre enloquecida que gritaba: "¡Recaiga su sangre sobre nosotros, y sobre nuestros hijos!"; todos contemplan la enormidad de su culpa. En vano procuran esconderse *de* la divina majestad de su presencia que sobrepuja el resplandor del sol, mientras que los redimidos echan sus coronas a los pies del Salvador, exclamando: "¡Él murió por mí!"

Entre la multitud de los rescatados están los apóstoles de Cristo, el heroico Pablo, el ardiente Pedro, el amado y amoroso Juan y sus hermanos de corazón leal, y con ellos la inmensa hueste de los mártires; mientras que fuera de los muros, con todo lo que es vil y abominable, se encuentran aquellos que los persiguieron, encarcelaron y mataron. Allí está Nerón, *ese* monstruo de crueldad y de vicios, *contemplando* la alegría y la *exaltación* de aquellos a quienes *una vez* torturó, *y en cuya más extrema* angustia *encontró* deleite satánico. Su madre está allí para ser testigo de los resultados de su propia obra; para ver cómo los malos rasgos de carácter transmitidos a su hijo y las pasiones fomentadas y desarrolladas por *su* influencia y ejemplo, *fructificaron* en crímenes que *hicieron temblar* al mundo.

Allí hay *sacerdotes papistas y prelados*, que dijeron ser los embajadores de Cristo y que no obstante emplearon instrumentos de suplicio, calabozos y hogueras para dominar las conciencias de su pueblo. Allí están los orgullosos pontífices que se ensalzaron por encima de Dios y que pretendieron alterar la ley del Altísimo. Aquellos *pretendidos* padres de la iglesia tienen que rendir a Dios una cuenta de la que bien quisieran librarse. Demasiado tarde ven que el Omnisciente es celoso de su ley y que *de ningún modo tendrá por inocente al culpable*. Comprenden *ahora* que Cristo identifica sus intereses con los de su pueblo perseguido, y sienten la fuerza de sus propias palabras: "En cuanto lo hicisteis a uno de los más pequeños de estos mis hermanos, a mí lo hicisteis". Mateo 25:40 (VM)

Todo el malvado mundo está de pie ante el tribunal de Dios, *bajo el cargo de alta traición* contra el gobierno del cielo. *No tienen a nadie que defienda la*

causa de ellos; no tienen excusa; y la sentencia de muerte eterna es pronunciada contra ellos.

Es entonces evidente para todos que el salario del pecado no es la noble independencia y la vida eterna, sino la esclavitud, la ruina y la muerte. Los impíos ven lo que perdieron *por su vida de rebelión*. Despreciaron el *cada vez más excelente y eterno peso de gloria* cuando les fue ofrecido; pero ¡*cuán deseable les parece ahora*! "Todo eso—exclama el alma perdida—yo habría podido poseerlo; pero *escogí alejar de mí esas cosas*. ¡Oh*, extraña* infatuación! He cambiado la paz, la dicha y el honor por la miseria, la infamia y la desesperación. Todos ven que su exclusión del cielo es justa. Por sus vidas, declararon: "No queremos que este *Hombre [Jesús]* reine sobre nosotros".

Como *si en trance*, los impíos han contemplado la coronación del Hijo de Dios. Ven en las manos de él las tablas de la ley divina, los estatutos que ellos despreciaron y transgredieron. Son testigos del arrebato de admiración, arrobamiento y adoración de los redimidos; y cuando las ondas de melodía inundan a las multitudes fuera de la ciudad, todos exclaman a una voz: "¡Grandes y maravillosas son tus obras, oh Señor Dios Todopoderoso; justos y verdaderos son tus caminos, oh Rey de los siglos!" Apocalipsis 15:3 (VM). Y cayendo prosternados, adoran al Príncipe de la vida.

Satanás parece paralizado al contemplar la gloria y majestad de Cristo. El que en otro tiempo fuera uno de los querubines cubridores recuerda de dónde cayó. Él, que fuera serafín resplandeciente, "hijo de la aurora", ¡cuán cambiado se ve, y cuán degradado! Está excluido para siempre del consejo en que antes se le honraba. Ve ahora a otro que, junto al Padre, vela su gloria. Ha visto la corona colocada sobre la cabeza de Cristo por un ángel de elevada estatura y majestuoso continente, y sabe que la posición exaltada que ocupa este ángel habría podido ser la suya.

La memoria recuerda el hogar de su inocencia y pureza, la paz y el contentamiento de que gozaba hasta que se entregó a murmurar contra Dios y a envidiar a Cristo. Sus acusaciones, su rebelión, sus engaños para captarse la simpatía y la ayuda de los ángeles, su porfía en no hacer esfuerzo alguno para reponerse cuando Dios le hubiera perdonado; todo eso se le presenta vívidamente. Echa una mirada retrospectiva sobre la obra que realizó entre los

hombres y sobre sus resultados: la enemistad del hombre para con sus semejantes, la terrible destrucción de vidas, el ascenso y la caída de los reinos, el derrocamiento de tronos, la larga serie de tumultos, conflictos y revoluciones. Recuerda los esfuerzos constantes que hizo para oponerse a la obra de Cristo y para hundir a los hombres en degradación siempre mayor. Ve que sus conspiraciones infernales no pudieron acabar con los que pusieron su confianza en Jesús. Al considerar Satanás su reino y los frutos de sus esfuerzos, solo ve fracaso y ruina. Ha inducido a las multitudes a creer que la ciudad de Dios sería fácil presa; pero él sabe que eso es falso. Una y otra vez, en el curso de la gran controversia, ha sido derrotado y obligado a rendirse. De sobra conoce el poder y la majestad del Eterno.

El propósito del gran rebelde consistió siempre en justificarse, y en hacer aparecer al gobierno de Dios como responsable de la rebelión. A ese fin dedicó todo el poder de su gigantesca inteligencia. Obró deliberada y sistemáticamente, y con éxito maravilloso, para inducir a inmensas multitudes a que aceptaran su versión del gran conflicto que ha estado desarrollándose por tanto tiempo. Durante miles de años este jefe de conspiraciones hizo pasar la mentira por verdad. Pero llegó *ahora* el momento en que la rebelión será *finalmente vencida* y puestos en evidencia la historia y el carácter de Satanás. El archiengañador ha sido desenmascarado por completo en su último gran esfuerzo para destronar a Cristo, destruir a su pueblo y apoderarse de la ciudad de Dios. Los que se han unido a él, se dan cuenta del fracaso total de su causa. Los discípulos de Cristo y los ángeles leales contemplan en toda su extensión las maquinaciones de Satanás contra el gobierno de Dios. Es el objeto de execración universal.

Satanás ve que su rebelión voluntaria le incapacitó para el cielo. Ejercitó sus poderes guerreando contra Dios; la pureza, la paz y la armonía del cielo serían para él suprema tortura. Sus acusaciones contra la misericordia y justicia de Dios están ya acalladas. Los vituperios que procuró lanzar contra Jehová recaen enteramente sobre él. Y ahora Satanás se inclina y reconoce la justicia de su sentencia.

“¿Quién no te temerá, oh Señor, y glorificará tu nombre? porque tú solo eres santo: porque todas las naciones vendrán y adorarán delante de ti; porque tus actos de justicia han sido manifestados”. Vers. 4. Toda cuestión de verdad y

error en la controversia que tanto ha durado, ha quedado aclarada. Los resultados de la rebelión y del apartamiento de los estatutos divinos han sido puestos a la vista de todos los seres inteligentes creados. El desarrollo del gobierno de Satanás en contraste con el de Dios, ha sido presentado a todo el universo. Satanás ha sido condenado por sus propias obras. La sabiduría de Dios, su justicia y su bondad quedan por completo reivindicadas. Queda también comprobado que todos sus actos en el gran conflicto fueron ejecutados de acuerdo con el bien eterno de su pueblo y el bien de todos los mundos que creó. "Todas tus obras alabarán, oh Jehová, y tus piadosos siervos te bendecirán". Salmos 145:10 (VM). La historia del pecado atestiguará durante toda la eternidad que con la existencia de la ley de Dios se vincula la dicha de todos los seres creados por él. En vista de todos los hechos del gran conflicto, todo el universo, tanto los justos como los rebeldes, declaran al unísono: "¡Justos y verdaderos son tus caminos, oh Rey de los siglos!"

Ante el universo ha sido claramente presentado el gran sacrificio hecho por el Padre y el Hijo en beneficio del hombre. Ha llegado la hora en que Cristo ocupa el puesto a que tiene derecho, y es exaltado sobre los principados y potestades, y sobre todo nombre que se nombra. A fin de alcanzar el gozo que le fuera propuesto—el de llevar muchos hijos a la gloria—sufrió la cruz y menospreció la vergüenza. Y por inconcebiblemente grandes que fuesen el dolor y el oprobio, mayores aún son la dicha y la gloria. Echa una mirada hacia los redimidos, transformados a su propia imagen, y cuyos corazones llevan el sello perfecto de lo divino y cuyas caras reflejan la semejanza de su Rey. Contempla en ellos el resultado de las angustias de su alma, y está satisfecho. Luego, con voz que llega hasta las multitudes reunidas de los justos y de los impíos, exclama: "¡Contemplad el rescate de mi sangre! Por estos sufrí, por estos morí, para que pudiesen permanecer en mi presencia a través de las edades eternas". Y de entre los revestidos con túnicas blancas en torno del trono, asciende el canto de alabanza: "¡Digno es el Cordero que ha sido inmolado, de recibir el poder, y la riqueza, y la sabiduría, y la fortaleza, y la honra, y la gloria, y la bendición!" Apocalipsis 5:12 (VM)

A pesar de que Satanás se ha visto obligado a reconocer la justicia de Dios, y a inclinarse ante la supremacía de Cristo, su carácter sigue siendo el mismo. El espíritu de rebelión, cual poderoso torrente, vuelve a estallar. Lleno de frenesí, determina no cejar en el gran conflicto. Ha llegado la hora de intentar un

último y desesperado esfuerzo contra el Rey del cielo. Se lanza en medio de sus súbditos, y trata de inspirarlos con su propio furor y de moverlos a dar inmediata batalla. Pero entre todos los innumerables millones a quienes indujo engañosamente a la rebelión, no hay ahora ninguno que reconozca su supremacía. Su poder ha concluido. Los impíos están llenos del mismo odio contra Dios que el que inspira a Satanás; pero ven que su caso es desesperado, que no pueden prevalecer contra Jehová. Se enardecen contra Satanás y contra los que fueron sus agentes para engañar, y con furia demoníaca se vuelven contra ellos.

Dice el Señor: "Por cuanto has puesto tu corazón como corazón de Dios, por tanto, he aquí que voy a traer contra ti extraños, los terribles de las naciones; y ellos desenvainarán sus espadas contra tu hermosa sabiduría, y profanarán tu esplendor. Al hoyo te harán descender". "Te destruyo, ¡oh querubín que cubres con tus alas! y te echo de en medio de las piedras de fuego [...]. Te echo a tierra; te pongo delante de reyes, para que te miren [...]. Te torno en ceniza sobre la tierra, ante los ojos de todos los que te ven [...]. Serás ruinas, y no existirás más para siempre". Ezequiel 28:6-8, 16-19 (VM)

"Porque toda batalla de quien pelea es con estruendo, y con revolcamiento de vestidura en sangre: mas esto será para quema, y pábulo de fuego". "Porque Jehová está airado sobre todas las gentes, e irritado sobre todo el ejército de ellas; destruirálas y entregarálas al matadero". "Sobre los malos lloverá lazos; fuego y azufre, con vientos de torbellinos, será la porción del cáliz de ellos". Isaías 9:5; 34:2; Salmos 11:6. Fuego de Dios cae del cielo. La tierra está quebrantada. Salen a relucir las armas escondidas en sus profundidades. Llamas devoradoras *irrumpen de cada abismo que se abre*. *Las mismas* rocas están ardiendo. Ha llegado el día que arderá como horno. Los elementos se *derriten* con calor abrasador, la tierra también y las obras que hay en ella están abrasadas. Malaquías 4:2; 2 Pedro 3:10. La superficie de la tierra parece una masa fundida –un inmenso lago de fuego hirviente. Es la hora del juicio y perdición de los hombres impíos, "es día de venganza de Jehová, año de retribuciones en el pleito de Sión". Isaías 34:8

Los impíos reciben su recompensa en la tierra. Proverbios 11:31. "Serán estopa; y aquel día que vendrá, los abrasará, ha dicho Jehová de los ejércitos". Malaquías 4:1. Algunos son destruidos como en un momento, mientras otros

sufren muchos días. Todos son castigados "conforme a sus hechos". Habiendo sido cargados sobre Satanás los pecados de los justos, tiene este que sufrir no solo por su propia rebelión, sino también por todos los pecados que hizo cometer al pueblo de Dios. Su castigo *será* mucho mayor que el de aquellos a quienes engañó. Después de haber perecido todos los que cayeron por sus seducciones, *él aún ha de vivir y sufrir*. En las llamas purificadoras, *los impíos son finalmente destruidos*, raíz y rama –Satanás la raíz, sus secuaces las ramas. La penalidad completa de la ley ha sido *visitada*; las exigencias de la justicia han sido satisfechas; y el cielo y la tierra al contemplarlo, proclaman la justicia de Jehová.

La obra de destrucción de Satanás ha terminado para siempre. Durante seis mil años obró a su gusto, llenando la tierra de dolor y causando penas por todo el universo. Toda la creación gimió y sufrió en angustia. Ahora las criaturas de Dios han sido libradas para siempre de su presencia y de sus tentaciones. "¡Ya descansa y está en quietud toda la tierra; prorrumpen los hombres [justos] en cánticos!" Isaías 14:7 (VM). Y un grito de adoración y triunfo sube de entre todo el universo leal. Se oye "como si fuese el estruendo de una gran multitud, y como si fuese el estruendo de muchas aguas, y como si fuese el estruendo de poderosos truenos, que decían: ¡Aleluya; porque reina el Señor Dios, el Todopoderoso!" Apocalipsis 19:6 (VM)

Apéndice: Nota del Traductor

Estimado lector:

En la traducción de este material se emplearon:

- Para los artículos de *The Signs of the Times*, herramientas automatizadas de traducción (2 diferentes) en conjunción con el criterio del traductor. Muchas de las citas fueron cotejadas con la traducción española de textos presentes en *Testimonios para la Iglesia* u otras obras, aunque estos últimos no siempre son exactamente iguales a las citas de los artículos de ST.

- Para el caso de los dos últimos capítulos, se tomó el texto de la traducción al español de los libros *El Deseado de Todas las Gentes* y *El Conflicto de los Siglos*. En algunos casos se encontró conveniente revisar dicha traducción. El traductor reconoce tener renuencia a dicha revisión, motivo por el cual en esos casos las palabras se señalaron en cursiva o están mencionadas en la siguiente tabla (se incluyen también algunos ejemplos de los primeros capítulos comparados con los textos de *Testimonios para La Iglesia* y otros).

El criterio de traducción trató siempre de mantener apego a la literalidad del texto original.

Texto Original (Inglés)	**Traducción al Español** (TPI, DTG, CS y otros)	**Traducción Presente** *(ver cursiva)*
It was these that crushed his divine soul. It was the hiding of his Father's face, a sense that his own dear Father had forsaken him, which brought despair. ST August 28, 1879, par.12.	Fue esto lo que abrumó su alma divina. Fue el hecho de que el Padre ocultara su rostro, el sentimiento de que su propio Padre le había abandonado, lo que le infundió desesperación. 2T 214.2	Fue esto lo que abrumó su alma divina. Fue *el ocultamiento del rostro de su Padre* –el sentimiento de que su propio Padre le había abandonado– lo que infundió desesperación. Pág. 32.
Oh, was there ever suffering and sorrow like that endured by the dying Saviour! It was the sense of his Father's displeasure which made his cup so bitter. It was not bodily suffering which so quickly ended the life of Christ upon the cross. It was the crushing weight of the sins of the world, and a sense of his Father's wrath that broke his heart. The Father's glory and sustaining presence had left him, and despair pressed its crushing weight of darkness upon him, and forced from his pale and quivering lips the anguished cry: "My God, my God, why hast thou forsaken me?" ST August 21, 1879.	¡Oh! ¿Hubo alguna vez sufrimiento y pesar como el que soportó el Salvador moribundo? Lo que hizo tan amarga su copa fue la comprensión del desagrado de su Padre. No fue el sufrimiento corporal lo que acabó tan prestamente con la vida de Cristo en la cruz. Fue el peso abrumador de los pecados del mundo y la sensación de la ira de su Padre. La gloria de Dios y su presencia sostenedora le habían abandonado; la desesperación le aplastaba con su peso tenebroso, y arrancó de sus labios pálidos y temblorosos el grito angustiado: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?" 2TPI 188.3	¡Oh! ¿hubo alguna vez un sufrimiento y pesar como el que soportó el Salvador moribundo*? Fue el sentir el desagrado de su Padre* lo que hizo su copa tan amarga. No fue el sufrimiento corporal lo que acabó tan prestamente con la vida de Cristo en la cruz. Fue el peso abrumador de los pecados del mundo y la sensación de la ira de su Padre. La gloria de Dios y su presencia sostenedora le habían abandonado; la desesperación le aplastaba con su peso tenebroso, y arrancó de sus labios pálidos y temblorosos el grito angustiado: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?" Pág. 27.
Jesus had united with the Father in making the world. Amid the agonizing sufferings of the Son of God, blind and deluded men alone remain unfeeling. The chief priests and elders revile God's dear Son while in his expiring agonies. Yet inanimate nature groans in sympathy with her bleeding, dying Author. The earth trembles. The sun refuses to behold the scene. The heavens gather blackness. Angels have witnessed the scene of suffering, until they can look on no longer,	Jesús se había unido con el Padre para hacer el mundo. En medio de los sufrimientos agonizantes del Hijo de Dios, únicamente los hombres ciegos y engañados permanecen insensibles. Los príncipes de los sacerdotes y ancianos vilipendian al amado Hijo de Dios en sus agonías expirantes. Aún la naturaleza inanimada gime en simpatía con su Autor que sangra y perece. La tierra tiembla. El sol se niega a contemplar la escena. Los cielos se cubren de tinieblas. Los ángeles han	Jesús se había unido con el Padre para hacer el mundo. En medio de los agonizantes sufrimientos del Hijo de Dios, únicamente los hombres ciegos y engañados permanecen insensibles. Los príncipes de los sacerdotes y ancianos vilipendian al amado Hijo de Dios en sus expirantes agonías. Aún la naturaleza inanimada gime en simpatía con su Autor que sangra y perece. La tierra tiembla. El sol se niega a contemplar la escena. Los cielos acumulan oscuridad. Ángeles han presenciado la escena del sufrimiento hasta que

and hide their faces from the horrid sight. Christ is in despair! He is dying! His Father's approving smile is removed, and angels are not permitted to lighten the gloom of the terrible hour. They could only behold in amazement their loved Commander suffering the penalty of man's transgression of the Father's law. ST August 21, 1879.	presenciado la escena del sufrimiento hasta que no pueden mirarla más, y apartan sus rostros del horrendo espectáculo. ¡Cristo está muriendo en medio de la desesperación! La sonrisa de aprobación del Padre desaparece, y no se permite a los ángeles aliviar la lobreguez de esta hora atroz. Sólo pueden contemplar con asombro a su amado General, la Majestad del cielo, sufrir la penalidad por la transgresión del hombre a la ley del Padre. 2 TPI 189.1	no pueden mirarla más, y apartan sus rostros de la horrenda visión. ¡Cristo está en desesperación! ¡Está muriendo! *La sonrisa de aprobación de su Padre es retirada*, y no se permite a los ángeles aliviar la lobreguez de esta hora atroz. Sólo pueden contemplar con asombro a su amado General sufrir la penalidad por la transgresión del hombre a la ley del Padre. Pág. 27.
Faith and hope trembled in the expiring agonies of Christ, because God had removed the assurance he had heretofore given his beloved Son of his approbation and acceptance. The Redeemer of the world then relied upon the evidences which had hitherto strengthened him, that his Father accepted his labors and was pleased with his work. In his dying agony, as he yields up his precious life, he has by faith alone to trust in Him whom it has ever been his joy to obey. He is not cheered with clear, bright rays of hope on the right hand nor on the left. All is enshrouded in oppressive gloom. Amid the awful darkness which is felt even by sympathizing nature, the Redeemer drains the mysterious cup to its dregs. Denied even bright hope and confidence in the triumph which will be his in the near future, he cries with a loud voice, "Lord, into thy hands I commit my spirit." He is acquainted with the character of his Father, his justice, his mercy, and great love. In submission he drops into the hands of his Father. Amid the convulsions of nature are heard by the amazed	La fe y la esperanza temblaron en medio de la agonía mortal de Cristo, porque Dios ya no le aseguró su aprobación y aceptación, como hasta entonces. El Redentor del mundo había confiado en las evidencias que le habían fortalecido hasta allí, de que su Padre aceptaba sus labores y se complacía en su obra. En su agonía mortal, mientras entregaba su preciosa vida, tuvo que confiar por la fe solamente en Aquel a quien había obedecido con gozo. No le alentaron claros y brillantes rayos de esperanza que iluminasen a diestra y siniestra. Todo lo envolvía una lobreguez opresiva. En medio de las espantosas tinieblas que la naturaleza formó por simpatía, el Redentor apuró la misteriosa copa hasta las heces. Mientras se le denegaba hasta la brillante esperanza y confianza en el triunfo que obtendría en lo futuro, exclamó con fuerte voz: "Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu". Lucas 23:46. Conocía el carácter de su Padre, su justicia, misericordia y gran amor, y sometiéndose a él se entregó en sus manos. En medio de las convulsiones de la naturaleza, los asombrados	La fe y la esperanza temblaron en medio de la agonía mortal de Cristo, pues Dios había removido la seguridad que hasta entonces había dado a su amado Hijo de su aprobación y aceptación. *El Redentor del mundo se apoyó entonces en las evidencias que hasta entonces lo habían fortalecido, de que su Padre aceptaba sus labores y se complacía con su obra*. *En su agonía mortal, mientras entrega su preciosa vida, Él ha de confiar solamente por la fe en Aquel a quien siempre ha sido su gozo obedecer. No es alentado con claros y brillantes rayos de esperanza a diestra y siniestra*. *Todo está envuelto en una lobreguez opresiva*. *En medio de las espantosas tinieblas sentidas aún por la simpatizante naturaleza, el Redentor apura la misteriosa copa hasta las heces. Negada incluso la brillante esperanza y la confianza en el triunfo que será suyo en el futuro,* exclama con fuerte voz: "*Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu*" *Conoce el carácter de su Padre, su justicia, misericordia y gran amor. En sumisión se entrega en las manos de su Padre. En medio de las convulsiones de la naturaleza, los asombrados espectadores*

spectators the dying words of the Man of Calvary, "It is finished." ST August 28, 1879.	espectadores oyeron las palabras del moribundo del Calvario. 2TPI 190.1	*escuchan las agonizantes palabras del Hombre del Calvario: "*Consumado es*."* Página 28.
Christ yielded not in the least degree to the torturing foe, even in his bitterest anguish. Legions of evil angels were all about the Son of God, yet the holy angels were bidden not to break their ranks and engage in conflict with the taunting, reviling foe. Heavenly angels were not permitted to minister unto the anguished spirit of the Son of God. It was in this terrible hour of darkness, the face of his Father hidden, legions of evil angels enshrouding him, the sins of the world upon him, that the words were wrenched from his lips, "My God, my God, why hast thou forsaken me?" ST August 28, 1879.	Cristo no cedió en el menor grado al enemigo que lo torturaba, ni aun en su más acerba angustia. Rodeaban al Hijo de Dios legiones de ángeles malos, mientras que a los santos ángeles se les ordenaba que no rompiesen sus filas ni se empeñasen en lucha contra el enemigo que le tentaba y vilipendiaba. A los ángeles celestiales no se les permitió ayudar al angustiado espíritu del Hijo de Dios. Fue en aquella terrible hora de tinieblas, en que el rostro de su Padre se ocultó mientras le rodeaban legiones de malos ángeles y los pecados del mundo estaban sobre él, cuando sus labios profirieron estas palabras: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?" 2TPI 193.3	Cristo no cedió en el menor grado al enemigo que lo torturaba, ni aun en su más acerba angustia. Legiones de ángeles malos estaban todo alrededor del Hijo de Dios, sin embargo, a los santos ángeles *se les pidió* que no rompiesen sus filas ni se empeñasen en lucha contra el enemigo burlón y vilipendiador. A los ángeles celestiales no se les permitió ministrar al angustiado espíritu del Hijo de Dios. Fue en esta terrible hora de tinieblas*, el rostro de su Padre ocultado*, legiones de malos ángeles cubriéndole, los pecados del mundo sobre él, que las palabras fueron arrancadas de sus labios: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?" Pág. 32.
Christ did not yield up His life till He had accomplished the work which He came to do, and with His parting breath He exclaimed, "It is finished." John 19:30. The battle had been won. His right hand and His holy arm had gotten Him the victory. As a Conqueror He planted His banner on the eternal heights. Was there not joy among the angels? All heaven triumphed in the Saviour's victory. Satan was defeated, and knew that his kingdom was lost. ST August 28, 1879.	Cristo no entregó su vida hasta que hubo cumplido la obra que había venido a hacer, y con su último aliento exclamó: "Consumado es."1Juan 19:30. La batalla había sido ganada. Su diestra y su brazo santo le habían conquistado la victoria. Como Vencedor, plantó su estandarte en las alturas eternas. ¡Qué gozo entre los ángeles! Todo el cielo se asoció al triunfo de Cristo. Satanás, derrotado, sabía que había perdido su reino. DTG 706.1	Cristo no entregó su vida hasta que hubo cumplido la obra que había venido a hacer, y con su último aliento exclamó: "*Consumado* es." La batalla había sido ganada. Su diestra y su brazo santo le habían conquistado la victoria. Como Vencedor, plantó su estandarte en las alturas eternas. *¿No hubo gozo entre los ángeles? Todo el cielo triunfó en la victoria del Salvador. Satanás fue derrotado, y supo que su reino estaba perdido.* Pág.34.
To the angels and the unfallen worlds the cry, "It is finished," had a deep significance. It was for them as well as for us that the great work of redemption had been accomplished. They with us share the fruits of Christ's victory. DA 758.2	El clamor, "Consumado es," tuvo profundo significado para los ángeles y los mundos que no habían caído. La gran obra de la redención se realizó tanto para ellos como para nosotros. Ellos comparten con nosotros los frutos de la victoria de Cristo. DTG 706.3	*Para los ángeles y los mundos que no habían caído, el clamor, "*Consumado es*" tuvo profundo significado*. *Fue tanto para ellos como para nosotros que se realizó la gran obra de la redención*. Ellos comparten con nosotros los frutos de la victoria de Cristo. Pág. 34.

Not until the death of Christ was the character of Satan clearly revealed to the angels or to the unfallen worlds. The archapostate had so clothed himself with deception that even holy beings had not understood his principles. They had not clearly seen the nature of his rebellion. DA 758.3	Hasta la muerte de Cristo, el carácter de Satanás no fué revelado claramente a los ángeles ni a los mundos que no habían caído. El gran apóstata se había revestido de tal manera de engaño que aun los seres santos no habían comprendido sus principios. No habían percibido claramente la naturaleza de su rebelión. DTG 706.3	*No fue hasta la muerte de Cristo* que el carácter de Satanás fue revelado claramente a los ángeles o a los mundos que no habían caído. El gran apóstata se había revestido de tal manera de engaño que aun los seres santos no habían comprendido sus principios. No habían percibido claramente la naturaleza de su rebelión. Pág. 34.
God could have destroyed Satan and his sympathizers as easily as one can cast a pebble to the earth; but He did not do this. Rebellion was not to be overcome by force. Compelling power is found only under Satan's government. The Lord's principles are not of this order. His authority rests upon goodness, mercy, and love; and the presentation of these principles is the means to be used. God's government is moral, and truth and love are to be the prevailing power. DA 759.1	Dios podría haber destruido a Satanás y a los que simpatizaban con él tan fácilmente como nosotros podemos arrojar una piedrecita al suelo; pero no lo hizo. La rebelión no se había de vencer por la fuerza. Sólo el gobierno satánico recurre al poder compulsorio. Los principios del Señor no son de este orden. Su autoridad descansa en la bondad, la misericordia y el amor; y la presentación de estos principios es el medio que quiere emplear. El gobierno de Dios es moral, y la verdad y el amor han de ser la fuerza que lo haga prevalecer. DTG 706.5	Dios podría haber destruido a Satanás y a los que simpatizaban con él tan fácilmente como nosotros podemos arrojar una piedrecita al suelo; pero no lo hizo. La rebelión no se había de vencer por la fuerza. *El poder compulsorio es encontrado solamente bajo el gobierno de Satanás.* Los principios del Señor no son de este orden. Su autoridad descansa en la bondad, la misericordia y el amor; *y la presentación de estos principios es el medio a emplear*. El gobierno de Dios es moral, y la verdad y el amor han de ser *el poder prevaleciente.* Pág. 35.
It was God's purpose to place things on an eternal basis of security, and in the councils of heaven it was decided that time must be given for Satan to develop the principles which were the foundation of his system of government. He had claimed that these were superior to God's principles. Time was given for the working of Satan's principles, that they might be seen by the heavenly universe. DA 759.2	Era el propósito de Dios colocar las cosas sobre una eterna base de seguridad, y en los concilios del cielo fué decidido que se le debía dar a Satanás tiempo para que desarrollara los principios que constituían el fundamento de su sistema de gobierno. El había aseverado que eran superiores a los principios de Dios. Se dió tiempo al desarrollo de los principios de Satanás, a fin de que pudiesen ser vistos por el universo celestial. DTG 707.1	Era el propósito de Dios colocar las cosas sobre una eterna base de seguridad, y en los concilios del cielo fue decidido *que se debía dar tiempo* para que Satanás desarrollara los principios que constituían el fundamento de su sistema de gobierno. Él había aseverado que eran superiores a los principios de Dios. Se dio tiempo al desarrollo de los principios de Satanás, a fin de que pudiesen ser vistos por el universo celestial. Pág. 35.
All heaven and the unfallen worlds had been witnesses to the controversy. With what intense interest did they follow the closing	Todo el cielo y los mundos que no habían caído fueron testigos de la controversia. Con qué intenso interés siguieron las escenas finales del	Todo el cielo y los mundos no caídos *habían sido testigos* de la controversia. Con qué intenso interés siguieron las escenas finales del conflicto.

scenes of the conflict. They beheld the Saviour enter the garden of Gethsemane, His soul bowed down with the horror of a great darkness. They heard His bitter cry, "Father, if it be possible, let this cup pass from Me." Matthew 26:39. As the Father's presence was withdrawn, they saw Him sorrowful with a bitterness of sorrow exceeding that of the last great struggle with death. The bloody sweat was forced from His pores, and fell in drops upon the ground. Thrice the prayer for deliverance was wrung from His lips. Heaven could no longer endure the sight, and a messenger of comfort was sent to the Son of God. DA 759.5	conflicto. Vieron al Salvador entrar en el huerto de Getsemaní, con el alma agobiada por el horror de las densas tinieblas. Oyeron su amargo clamor: "Padre mío, si es posible, pase de mí este vaso."3Mateo 26:39. Al retirarse de él la presencia del Padre, le vieron entristecido con una amargura de pesar que excedía a la de la última gran lucha con la muerte. El sudor de sangre brotó de sus poros y cayó en gotas sobre el suelo. Tres veces fué arrancada de sus labios la oración por liberación. El Cielo no podía ya soportar la escena, y un mensajero de consuelo fué enviado al Hijo de Dios. DTG 707.4	Vieron al Salvador entrar en el huerto de Getsemaní, su alma agobiada por el horror *de una grande oscuridad.* Oyeron su amargo clamor: "Padre mío, si es posible, pase de mí esta copa." *Al ser retirada la presencia del Padre,* le vieron entristecido con una amargura de pesar que excedía a la de la última gran lucha con la muerte. El sudor de sangre brotó de sus poros y cayó en gotas sobre el suelo. *Tres veces la oración por liberación fue arrancada de sus labios.* El Cielo no podía ya soportar la escena, y un mensajero de consuelo fue enviado al Hijo de Dios. Pág. 36.
Satan saw that his disguise was torn away. His administration was laid open before the unfallen angels and before the heavenly universe. He had revealed himself as a murderer. By shedding the blood of the Son of God, he had uprooted himself from the sympathies of the heavenly beings. Henceforth his work was restricted. Whatever attitude he might assume, he could no longer await the angels as they came from the heavenly courts, and before them accuse Christ's brethren of being clothed with the garments of blackness and the defilement of sin. The last link of sympathy between Satan and the heavenly world was broken. DA 761.2	Satanás vió que su disfraz le había sido arrancado. Su administración quedaba desenmascarada delante de los ángeles que no habían caído y delante del universo celestial. Se había revelado como homicida. Al derramar la sangre del Hijo de Dios, había perdido la simpatía de los seres celestiales. Desde entonces su obra sería restringida. Cualquiera que fuese la actitud que asumiese, no podría ya acechar a los ángeles mientras salían de los atrios celestiales, ni acusar ante ellos a los hermanos de Cristo de estar revestidos de ropas de negrura y contaminación de pecado. Estaba roto el último vínculo de simpatía entre Satanás y el mundo celestial. DTG 709.3	Satanás vio que su disfraz le había sido arrancado. Su administración quedaba desenmascarada delante de los ángeles que no habían caído y delante del universo celestial. Se había revelado como homicida. Al derramar la sangre del Hijo de Dios, *se había desarraigado él mismo de la simpatía de los seres celestiales*. Desde entonces su obra sería restringida. Cualquiera que fuese la actitud que asumiese, no podría ya acechar a los ángeles mientras salían de los atrios celestiales, ni acusar ante ellos a los hermanos de Cristo de estar revestidos de ropas de negrura y contaminación de pecado. Estaba roto el último vínculo de simpatía entre Satanás y el mundo celestial. Pág. 37.
Yet Satan was not then destroyed. The angels did not even then understand all that was involved in the great controversy. The principles at stake were to be more fully	Sin embargo, Satanás no fué destruído entonces. Los ángeles no comprendieron ni aun entonces todo lo que entrañaba la gran controversia. Los principios que estaban en	Sin embargo, Satanás no fue destruido entonces. Los ángeles no comprendieron ni aun entonces todo lo que entrañaba la gran controversia. Los principios que estaban en juego habían de ser

revealed. And for the sake of man, Satan's existence must be continued. Man as well as angels must see the contrast between the Prince of light and the prince of darkness. He must choose whom he will serve. DA 761.3	juego habían de ser revelados en mayor plenitud. Y por causa del hombre, la existencia de Satanás debía continuar. Tanto el hombre como los ángeles debían ver el contraste entre el Príncipe de la luz y el príncipe de las tinieblas. El hombre debía elegir a quién quería servir. DTG 709.4	revelados en mayor plenitud. Y por causa del hombre, la existencia de Satanás *debía ser continuada.* Tanto el hombre como los ángeles *deben ver* el contraste entre el Príncipe de la luz y el príncipe de las tinieblas. El hombre *debe elegir a quién va a servir.* Pág. 38.
In the opening of the great controversy, Satan had declared that the law of God could not be obeyed, that justice was inconsistent with mercy, and that, should the law be broken, it would be impossible for the sinner to be pardoned. Every sin must meet its punishment, urged Satan; and if God should remit the punishment of sin, He would not be a God of truth and justice. When men broke the law of God, and defied His will, Satan exulted. It was proved, he declared, that the law could not be obeyed; man could not be forgiven. Because he, after his rebellion, had been banished from heaven, Satan claimed that the human race must be forever shut out from God's favor. God could not be just, he urged, and yet show mercy to the sinner. DA 761.4	Al principio de la gran controversia, Satanás había declarado que la ley de Dios no podía ser obedecida, que la justicia no concordaba con la misericordia y que, si la ley había sido violada, era imposible que el pecador fuese perdonado. Cada pecado debía recibir su castigo, sostenía insistentemente Satanás; y si Dios remitía el castigo del pecado, no era un Dios de verdad y justicia. Cuando los hombres violaban la ley de Dios y desafiaban su voluntad, Satanás se regocijaba. Declaraba que ello demostraba que la ley de Dios no podía ser obedecida; el hombre no podía ser perdonado. Por cuanto él mismo, después de su rebelión, había sido desterrado del cielo, Satanás sostenía que la familia humana debía quedar privada para siempre del favor de Dios. Insistía en que Dios no podía ser justo y, al mismo tiempo, mostrar misericordia al pecador. DTG 709.5	Al principio de la gran controversia, Satanás había declarado que la ley de Dios no podía ser obedecida, que la justicia no concordaba con la misericordia y que*, de ser la ley quebrantada, sería imposible para el pecador ser perdonado*. Cada pecado debe recibir su castigo, sostenía insistentemente Satanás; y si Dios remitía el castigo del pecado, *no sería* un Dios de verdad y justicia. Cuando los hombres *quebrantaron la ley de Dios y desafiaron su voluntad, Satanás se regocijó.* Declaraba que ello demostraba que la ley de Dios no podía ser obedecida; el hombre no podía ser perdonado. Por cuanto él mismo, después de su rebelión, había sido desterrado del cielo, Satanás sostuvo que la familia humana debía quedar privada para siempre del favor de Dios. *Dios no podía ser justo, insistió, y a la vez mostrar misericordia al pecador.* Pág. 38.
The warfare against God's law, which was begun in heaven, will be continued until the end of time. Every man will be tested. Obedience or disobedience is the question to be decided by the whole world. All will be called to choose between the law of God and the laws of men. Here the dividing line will be drawn. There will be but two classes. Every character will be fully developed; and all will	La guerra contra la ley de Dios, que empezó en el cielo, continuará hasta el fin del tiempo. Cada hombre será probado. El mundo entero ha de decidir si quiere obedecer o desobedecer. Todos serán llamados a elegir entre la ley de Dios y las leyes de los hombres. En esto se trazará la línea divisoria. Habrá solamente dos clases. Todo carácter quedará plenamente definido; y todos demostrarán si	La guerra contra la ley de Dios, que empezó en el cielo, continuará hasta el fin del tiempo. Cada hombre será probado. *Obediencia o desobediencia es la cuestión a ser decidida por el mundo entero.* Todos serán llamados a elegir entre la ley de Dios y las leyes de los hombres. *Aquí* se trazará la línea divisoria. Habrá solamente dos clases. Todo carácter *será plenamente*

show whether they have chosen the side of loyalty or that of rebellion. DA 763.3	han elegido el lado de la lealtad o el de la rebelión. DTG 712.2	*desarrollado*; y todos demostrarán si han elegido el lado de la lealtad o el de la rebelión. Pág. 40.
Nearest the throne are those who were once zealous in the cause of Satan, but who, plucked as brands from the burning, have followed their Saviour with deep, intense devotion. Next are those who perfected Christian characters in the midst of falsehood and infidelity, those who honored the law of God when the Christian world declared it void, and the millions, of all ages, who were martyred for their faith. And beyond is the "great multitude, which no man could number, of all nations, and kindreds, and people, and tongues, . . . before the throne, and before the Lamb, clothed with white robes, and palms in their hands." Revelation 7:9. Their warfare is ended, their victory won. They have run the race and reached the prize. The palm branch in their hands is a symbol of their triumph, the white robe an emblem of the spotless righteousness of Christ which now is theirs. GC 665.2	Inmediatos al trono se encuentran los que fueron alguna vez celosos en la causa de Satanás, pero que, cual tizones arrancados del fuego, siguieron luego a su Salvador con profunda e intensa devoción. Vienen después los que perfeccionaron su carácter cristiano en medio de la mentira y de la incredulidad, los que honraron la ley de Dios cuando el mundo cristiano la declaró abolida, y los millones de todas las edades que fueron martirizados por su fe. Y más allá está la “grande muchedumbre, que nadie podía contar, de entre todas las naciones, y las tribus, y los pueblos, y las lenguas [...] de pie ante el trono y delante del Cordero, revestidos de ropas blancas, y teniendo palmas en sus manos”. Apocalipsis 7:9 (VM). Su lucha terminó; ganaron la victoria. Disputaron el premio de la carrera y lo alcanzaron. La palma que llevan en la mano es símbolo de su triunfo, la vestidura blanca, emblema de la justicia perfecta de Cristo que es ahora de ellos. CS 646.1	Inmediatos al trono se encuentran los que fueron alguna vez celosos en la causa de Satanás, pero que, cual tizones arrancados del fuego, siguieron luego a su Salvador con profunda e intensa devoción. Vienen después los que perfeccionaron su carácter cristiano en medio de la mentira y de la infidelidad, los que honraron la ley de Dios cuando el mundo cristiano la declaró abolida, y los millones de todas las edades que fueron martirizados por su fe. Y más allá está la “grande muchedumbre, que nadie podía contar, de entre todas las naciones, y las tribus, y los pueblos, y las lenguas [...] de pie ante el trono y delante del Cordero, revestidos de ropas blancas, y teniendo palmas en sus manos”. Apocalipsis 7:9 (VM). Su lucha terminó; ganaron la victoria. *Han corrido la carrera y alcanzado el premio*. La palma que llevan en la mano es símbolo de su triunfo, la vestidura blanca, emblema de la *inmaculada* justicia de Cristo que es ahora de ellos. Pág. 45.
As soon as the books of record are opened, and the eye of Jesus looks upon the wicked, they are conscious of every sin which they have ever committed. They see just where their feet diverged from the path of purity and holiness, just how far pride and rebellion have carried them in the violation of the law of God. The seductive temptations which they encouraged by indulgence in sin, the blessings perverted, the messengers of God despised, the warnings rejected, the waves	Apenas se abren los registros, y la mirada de Jesús se dirige hacia los impíos, estos se vuelven conscientes de todos los pecados que cometieron. Reconocen exactamente el lugar donde sus pies se apartaron del sendero de la pureza y de la santidad, y cuán lejos el orgullo y la rebelión los han llevado en el camino de la transgresión de la ley de Dios. Las tentaciones seductoras que ellos fomentaron cediendo al pecado, las bendiciones que pervirtieron, su desprecio de los mensajeros de Dios, los avisos	*Tan pronto como se abren los registros*, y la mirada de Jesús se dirige hacia los impíos, *estos son* conscientes de todos los pecados que cometieron. Reconocen exactamente el lugar donde sus pies se apartaron del sendero de la pureza y de la santidad, y cuán lejos el orgullo y la rebelión los han llevado en el camino de la transgresión de la ley de Dios. Las tentaciones seductoras que ellos fomentaron cediendo al pecado, las bendiciones que pervirtieron, su desprecio de los mensajeros de Dios, los avisos

of mercy beaten back by the stubborn, unrepentant heart--all appear as if written in letters of fire. GC 666.2	rechazados, la oposición de corazones obstinados y sin arrepentimiento; todo eso sale a relucir como si estuviese escrito con letras de fuego. CS 647.1	rechazados, *las oleadas de misericordia rechazadas por el corazón obstinado e impenitente*; todo eso *aparece* como si estuviese escrito *en* letras de fuego. Pág. 46
The whole wicked world stand arraigned at the bar of God on the charge of high treason against the government of heaven. They have none to plead their cause; they are without excuse; and the sentence of eternal death is pronounced against them. GC 668.2	Todos los impíos del mundo están de pie ante el tribunal de Dios, acusados de alta traición contra el gobierno del cielo. No hay quien sostenga ni defienda la causa de ellos; no tienen disculpa; y se pronuncia contra ellos la sentencia de la muerte eterna. CS 648.4	*Todo el malvado mundo está* de pie ante el tribunal de Dios, *bajo el cargo de alta traición* contra el gobierno del cielo. *No tienen a nadie que defienda la causa de ellos*; no tienen excusa; y la sentencia de muerte eterna es pronunciada contra ellos. Pág. 48.
It is now evident to all that the wages of sin is not noble independence and eternal life, but slavery, ruin, and death. The wicked see what they have forfeited by their life of rebellion. The far more exceeding and eternal weight of glory was despised when offered them; but how desirable it now appears. "All this," cries the lost soul, "I might have had; but I chose to put these things far from me. Oh, strange infatuation! I have exchanged peace, happiness, and honor for wretchedness, infamy, and despair." All see that their exclusion from heaven is just. By their lives they have declared: "We will not have this Man [Jesus] to reign over us." GC 668.3	Es entonces evidente para todos que el salario del pecado no es la noble independencia y la vida eterna, sino la esclavitud, la ruina y la muerte. Los impíos ven lo que perdieron con su vida de rebeldía. Despreciaron el maravilloso don de eterna gloria cuando les fue ofrecido; pero ¡cuán deseable no les parece ahora! "Todo eso—exclama el alma perdida—yo habría podido poseerlo; pero preferí rechazarlo. ¡Oh sorprendente infatuación! He cambiado la paz, la dicha y el honor por la miseria, la infamia y la desesperación. Todos ven que su exclusión del cielo es justa. Por sus vidas, declararon: "No queremos que este Jesús reine sobre nosotros". CS 649.1	Es entonces evidente para todos que el salario del pecado no es la noble independencia y la vida eterna, sino la esclavitud, la ruina y la muerte. Los impíos ven lo que perdieron *por su vida de rebelión*. Despreciaron el *cada vez más excelente y eterno peso de gloria* cuando les fue ofrecido; pero ¡*cuán deseable les parece ahora*! "Todo eso—exclama el alma perdida—yo habría podido poseerlo; pero *escogí alejar de mí esas cosas*. ¡Oh*, extraña* infatuación! He cambiado la paz, la dicha y el honor por la miseria, la infamia y la desesperación. Todos ven que su exclusión del cielo es justa. Por sus vidas, declararon: "No queremos que este *Hombre [Jesús]* reine sobre nosotros". Pág. 49.
The wicked receive their recompense in the earth. Proverbs 11:31. They "shall be stubble: and the day that cometh shall burn them up, saith the Lord of hosts." Malachi 4:1. Some are destroyed as in a moment, while others suffer many days. All are punished "according to their deeds." The sins of the righteous having been transferred to	Los impíos reciben su recompensa en la tierra. Proverbios 11:31. "Serán estopa; y aquel día que vendrá, los abrasará, ha dicho Jehová de los ejércitos". Malaquías 4:1. Algunos son destruidos como en un momento, mientras otros sufren muchos días. Todos son castigados "conforme a sus hechos". Habiendo sido cargados sobre Satanás los pecados de los	Los impíos reciben su recompensa en la tierra. Proverbios 11:31. "Serán estopa; y aquel día que vendrá, los abrasará, ha dicho Jehová de los ejércitos". Malaquías 4:1. Algunos son destruidos como en un momento, mientras otros sufren muchos días. Todos son castigados "conforme a sus hechos". Habiendo sido cargados sobre Satanás los pecados de los justos, tiene este que

Satan, he is made to suffer not only for his own rebellion, but for all the sins which he has caused God's people to commit. His punishment is to be far greater than that of those whom he has deceived. After all have perished who fell by his deceptions, he is still to live and suffer on. In the cleansing flames the wicked are at last destroyed, root and branch--Satan the root, his followers the branches. The full penalty of the law has been visited; the demands of justice have been met; and heaven and earth, beholding, declare the righteousness of Jehovah. GC 673.1	justos, tiene este que sufrir no solo por su propia rebelión, sino también por todos los pecados que hizo cometer al pueblo de Dios. Su castigo debe ser mucho mayor que el de aquellos a quienes engañó. Después de haber perecido todos los que cayeron por sus seducciones, el diablo tiene que seguir viviendo y sufriendo. En las llamas purificadoras, quedan por fin destruidos los impíos, raíz y rama: Satanás la raíz, sus secuaces las ramas. La penalidad completa de la ley ha sido aplicada; las exigencias de la justicia han sido satisfechas; y el cielo y la tierra al contemplarlo, proclaman la justicia de Jehová. CS 652.3	sufrir no solo por su propia rebelión, sino también por todos los pecados que hizo cometer al pueblo de Dios. Su castigo *será* mucho mayor que el de aquellos a quienes engañó. Después de haber perecido todos los que cayeron por sus seducciones, *él aún ha de vivir y sufrir*. En las llamas purificadoras, *los impíos son finalmente destruidos*, raíz y rama –Satanás la raíz, sus secuaces las ramas. La penalidad completa de la ley ha sido *visitada*; las exigencias de la justicia han sido satisfechas; y el cielo y la tierra al contemplarlo, proclaman la justicia de Jehová. Pág. 53

Los Sufrimientos de Cristo

He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo...

¿Qué tiene la cruz de Cristo que tiene tanto poder para cambiar a un hombre orgulloso y pecador en uno humilde, amable y arrepentido? En este pequeño volumen se te invita a meditar sobre los sufrimientos de Cristo y a considerar que cada acción que Él ha llevado a cabo es para dar a conocer su gran amor, que a su vez te ayudará a ver tu gran necesidad. Sólo la revelación de un amor tan profundo como el manifestado en la cruz de Cristo puede crear en el hombre la conciencia de su egoísmo natural, que le llevará a la destrucción. Que puedas mirar al Salvador y encuentres en Él a alguien absolutamente encantador y que ha dado todo lo posible para salvar tu alma.

"Dios ama al dador alegre"
Si quiere colaborar con **NARDO PURO**,
Contáctenos al +54 9 3731 54-8007

